

EL COLIBRÍ

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

EDICIÓN ESPECIAL

NOVIEMBRE DE 1526

Nº II

MUERE EL CONQUISTADOR HUAUNA CÁPAC



UNA RARA ENFERMEDAD MATA AL SAPA ÍNCA HUAUNA CÁPAC

El Sapa Inca Huayna Cápac, soberano del vasto imperio andino, ha fallecido tras varios amaneceres de padecer una extraña enfermedad que también cobró la vida de uno de sus hijos. La noticia, mantenida en estricto secreto conforme a los protocolos funerarios incas, llega hoy en primicia a nuestras páginas.

Mientras en el corazón del Tahuantinsuyo se celebraban los primeros ritos fúnebres, el cuerpo del monarca fue trasladado en

absoluto sigilo desde el norte. En su recorrido pasó por Tumipampa, su tierra natal, hasta llegar al Cusco, centro del imperio, donde fue colocado junto a las momias de sus predecesores para cumplir con los solemnes funerales. Allí, concluido el ritual, su hijo Huáscar ha sido proclamado nuevo Sapa Inca y heredero del trono, iniciando un capítulo en la historia imperial

EXTRAÑOS EN EL MAR

Desde la costa norte llegan noticias alarmantes: enormes balsas extrañas, nunca antes vistas, se acercan con hombres de aspecto insólito, lengua incomprendible y vestimentas desconocidas. Algunos nativos que intentaron acercarse fueron capturados. La nobleza y el ejército del Inca vigilan con inquietud.

HUÁSCAR: EL NUEVO SAPA ÍNCA

Topa Cusi Huallpa, de Huascarquiguar, hijo de Huayna Cápac y la panaca Cápac Ayllu, es proclamado Sapa Inca con el nombre de Huáscar. Mientras se celebran los solemnes funerales de su padre, los curacas de todas las provincias juran lealtad ante el nuevo monarca con los rituales sagrados y ofreciendo tributos.

SEGUNDA ÉPOCA EDICIÓN ESPECIAL N° II NOVIEMBRE DE 1526
PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

Plutarco Cisneros Andrade
Presidente del IOA,
Canciller de la Universidad de Otavalo

Juan Carlos Cisneros Burbano
Vicepresidente del IOA,
Vicecanciller de la Universidad de Otavalo

Francisco Becerra Lois
Rector de la
Universidad de Otavalo

El Colibrí deja constancia de su agradecimiento a todas aquellas personas que hicieron posible esta edición especial.

TEXTOS: Plutarco Cisneros Andrade (Melchor Cotama), Diego Rodríguez Estrada (Benjamín L. Quiroga, Segundo Lenguaraz), Hernán Jaramillo Cisneros, Juan Suárez Proaño (Llamuco), Jorge Mantilla, Guisella Carchi (Sinchi Yarik, Maiwa Sinchi), José Villarreal (Tachil).

CORRECCIÓN DE ESTILO: Juan Suárez Proaño

DIAGRAMACIÓN: Luis Alajo Plazas

ILUSTRACIONES: José Villarreal

EDICIÓN: Diego Rodríguez Estrada

DIRECTOR RESPONSABLE: Plutarco Cisneros Andrade

† A la memoria de Waldemar Espinoza Soriano

NOTA AL LECTOR

De conformidad con la planificación efectuada —que comentamos con el lector en el número anterior—, en esta segunda entrega tomamos varios temas como punto de partida para nuestro viaje, el más importante: la muerte de Huayna Cápac, el Inca conquistador, acompañado de otros sucesos, como las primeras noticias de la llegada de españoles a las costas del actual Ecuador y la sucesión en el gobierno inca del heredero Huáscar.

Destacamos lo que significó el proceso de conquista inca, los largos períodos de combates duros, terribles, sangrientos. Murieron miles de personas de ambos ejércitos. La diferencia se marcó por el hecho de que los invasores tuvieron tropas de refuerzo mientras que los pueblos nativos reducían en cada batalla su capacidad militar. Al contar esto, buscamos valorar la resistencia de los pueblos nativos, que lucharon hasta el final, hasta que les fue imposible restituir al último ejército que fue sacrificado en la batalla de Yaguarcocha.

Allí se consolidó la presencia inca en la parte norte del Tahuantinsuyo. Casi todo el territorio del actual Ecuador fue sometido por Huayna Cápac. La nueva estructura política inició un lento proceso de afianzamiento. Se recompuso la trama social con la presencia de grupos mitimaes que llegaron de otros lados y grupos locales que expatriaron a distantes sitios. Con la muerte del Inca se inició el eclipse del imperio.

Para ubicación temporal del lector, este número se sitúa alrededor de 1526. En torno a esa fecha describimos hechos que se suscitaron años atrás y que son necesarios para contextualizar los acontecimientos que a partir de entonces sucedieron.

Para comprender este periodo, tomamos estudios fundamentales que provienen de diferentes disciplinas, como la etnohistoria, la arqueología y la historia, así como del análisis de fuentes tempranas de cronistas. Para ello, recurrimos a los trabajos de Waldemar Espinosa Soriano, Horacio Larraín Barros, Segundo Moreno Yáñez, Fernando Plaza Schuller, Sthepen Athens, Udo Oberem, Albert Meyers, Frank Salomon y Chantall Caillavet, junto con los testimonios de los cronistas Fray Martín de Murúa, Juan de Betanzos, Pedro Cieza de León, Inca Garcilaso de la Vega, Fernando de Montesinos, entre otros.



CARTA DEL DIRECTOR



La muerte del Sapainca Huayna Cápac, conquistador del Chinchaysuyo, es decir, el Norte, marcó el fin de una época caracterizada por largos períodos de guerra. Han sido tiempos de violencia, muerte, desolación. Nunca podremos saber cuántos perdieron los pueblos cayambi y carangue, y tampoco cuantas fueron las bajas de los incas. Sin embargo, todos coinciden en que fueron demasiadas muertes.

Hemos procurado sintetizar para el lector la secuencia de las batallas libradas a partir de la muerte de Tupác Yupanqui y el inicio del gobierno de Huayna Cápac, los hechos más relevantes de esas acciones y la consolidación del gobierno inca en los pueblos a los que logró someter.

Hay un elemento especial que tomamos en cuenta para esta edición: la llegada de grupos mitimaes a los territorios conquistados. En unos casos, se asentaron en estas tierras para consolidar la presencia militar; en otros, para gobernar o para exiliar a pueblos rebeldes de otros sitios. De los pueblos conquistados también se reclutaron y enviaron familias enteras a otras geografías.

En esta edición, destacamos algunos hechos que caracterizan al Incario: su economía, su aparato militar, la motivación religiosa, las fiestas vinculadas a la producción agrícola, entre otros temas. Y, desde luego, un equipo de redactores acompañó al cortejo fúnebre de Huayna Cápac hasta su sepultura en el Cusco, lo que nos permite tener información adecuada y precisa que hoy entregamos a ustedes.

Hay incertidumbre respecto a lo que sucederá en la designación del sucesor de Huayna Cápac. Las últimas noticias señalan que se consolidó como el nuevo Sapainca su hijo Topa Cusi Huallpa, crío de su segunda esposa y hermana, Mama Ragua, que tomó el nombre de Huáscar. No es un hombre inexperto, pues en las largas ausencias de Huayna Cápac, él se encargó de las tareas de la administración imperial.

Estaremos pendientes de lo que pueda suceder.

EL CONQUISTADOR DE ESTAS TIERRAS

Llamuco



Poco después de que la noticia de muerte de Huayna Cápac alcanzó todos los rincones del Tahuantinsuyo, vino a nosotros un quipucamayo que llevaba consigo el último mensaje del Inca. Huayna Cápac lo había mandado a llamar para relatarle aquello que pocos podrían saber y que él deseaba que jamás fuera olvidado. Publicamos, en exclusiva para El Colibrí, el relato del mensajero de Huayna Cápac.

Mi padre, el Inca Túpac Yupanqui, convirtió al Cusco en la *Jatun Tupa Llacta*, es decir, la ciudad principal de todo el imperio. Sin embargo, mi llacta preferida siempre fue Tomebamba, lugar donde nací, lejos de esa élite que representaba la parte más vieja de nuestro imperio. Quizás por eso, jamás fui del agrado de esa parte de mi familia cusqueña que tantas veces quiso verme muerto. Las mismas personas que asesinaron a mi padre.

Mi padre murió envenenado por la trampa mano de Chuqui Ocllo, una de sus esposas. Ella había intentado varias veces convencerlo de que declarara como sucesor a mi hermano Cápac Huari, pero mi padre siempre me prefirió a mí, Titu Cusi Huallpa, hijo de Mama Ocllo, su hermana y esposa principal. Enfurecida por el rechazo y viendo lejana la posibilidad de que su hijo se convirtiera en Inca, Chuqui Ocllo lo envenenó.

Luego, la muerte se aproximó a mí, amenazante. Chuqui Ocllo buscó el apoyo de otras mujeres y algunos orejones para tratar de asesinarme. Mi madre, desesperada, trataba de proteger el deseo de mi padre y ganar aliados que le ayudaran a defender mi nombramiento como Inca. Por gracia de los dioses, encontró la lealtad inquebrantable de Huamán Achi. ¡Ah, el viejo y querido Huamán Achi!, a él le debo más de una vida. Era un guerrero de mucho prestigio, que cuidó a mi padre en duras campañas y en los embates de la vida. Atento y planificador como era, me escondió en la fortaleza de Quisapincha, para que estuviera a salvo de las intenciones de Chuqui Ocllo y sus seguidores.

Huamán Achi persiguió, cazó y eliminó a quienes intentaban matarme. Su experiencia en la guerra resultó imbatible y nadie pudo hacerle frente. Poco tiempo tardó en capturar a Chuqui Ocllo, apresarla y juzgarla públicamente por el asesinato de mi padre. En el Cusco, como se acostumbra, la pisoteó hasta morir. Su hijo, Cápac Huari, que no tenía culpa de las tramas de su madre, fue desterrado lejos, en soledad.

Entonces fui declarado *Incap rantin*, regente, porque aún era muy muchacho para llamar me Sapa Inca. Mi tío, Apo Huallpaya, tomó el poder mientras yo maduraba. Ahora, en el lecho de agonía, confieso que desde aquel día supe que en mi interior maduraba también una incansable ira. Apo Huallpaya, enfermo de ambición, hizo un segundo y nuevo intento por asesinarme, ya que quería que un hijo suyo fuera declarado Inca.

En esta segunda ocasión, fueron unos ladrones quienes, sin saberlo, me salvaron la vida. Ese grupo de maleficios

iban a robar un cargamento de coca y especias que ingresaba al fuerte de Quisapinchas donde yo permanecía refugiado. En el fondo de los sacos robados los guardias descubrieron armas que mis asesinos trataron de meter en la fortaleza para utilizarlas en mi contra. De nuevo, el buen Huaman Achi apresó a los conspiradores, los castigó con la muerte y acabó con el plan de Huallpaya, quien también murió acusado de traidor. ¿Qué habría sido de mí sin la suerte, enviada por los dioses, y sin la lealtad de Huaman Achi?

Entonces, después de dos intentos de matarme, y a pesar de mi juventud, fui declarado Sapa Inca, y elegí el nombre de Huayna Cápac.

Sé que mi nombre, Huayna Cápac, “Sol en el cenit”, será recordado. Fui yo quien engrandeció este imperio, lo llevé a su máximo esplendor, conquisté las tierras que nadie había imaginado y vencí a los hombres más fuertes. Ni la muerte, a la que burlé ya más de una vez, podrá conmigo.



MISTERIOSA ENFERMEDAD TERMINA CON LA VIDA DEL INCA HUAYNA CÁPAC

Jorge Mantilla

Desde hace muy poco, una enfermedad desconocida se ha propagado con rapidez alarmante, dejando tras de sí una estela de muerte y sufrimiento. Aunque aún se desconoce cuándo y dónde surgió este mal, sus síntomas se han vuelto fácilmente reconocibles. Al principio, la temperatura de cuerpo de los afectados aumenta notablemente, y aparecen dolores en la espalda y un cansancio tan extremo que los deja postrados. Poco después, la enfermedad empieza a mostrarse en la piel: aparecen manchas rojas en el rostro, que luego se extienden por todo el cuerpo, el pecho, los brazos, las piernas, e incluso las palmas de las manos y las plantas de los pies. Al poco tiempo, las manchas se convierten en ampollas que se inflaman y se llenan de un líquido amarillento, y al más pequeño roce causan un dolor intenso. La mayoría de los infectados no logra sobrevivir.

Esta enfermedad no distingue rangos ni linajes: sus víctimas son tanto campesinos como nobles. Los muertos son tantos que no podemos contarlos. Recientemente, el mismísimo Inca Huayna Cápac ha sucumbido ante este mal.

Hasta poco antes de su enfermedad, Huayna Cápac se mantenía vigoroso, gobernando desde su ciudad. Pero apenas al poco tiempo, su cuerpo se debilitó hasta perder la vida. Su cadáver fue embalsamado y trasladado desde el Chincha Suyo, donde murió, hasta el Cusco. La tragedia no terminó ahí. Poco tiempo después, su heredero designado, Ninan Cuyuchi, también murió de manera similar. Algunos se atreven a especular sobre otras causas de muerte distintas a la enfermedad, y se ha hablado incluso de envenenamientos... No podemos saberlo. La desaparición de ambos líderes genera, sin lugar a duda, interrogantes e incertidumbres. El destino del Tahuantinsuyo parece incierto.

EL ÚLTIMO VIAJE DE HUAYNA CÁPAC

Benjamín L. Quiroga

La muerte de Huayna Cápac dejó un rastro de sorpresa y misterio. Las formalidades del funeral y lo referente a la sucesión tuvieron que empezar lejos de la capital, en el territorio donde había muerto. Debido a lo conflictiva que resulta la sucesión de poder, y para evitar revueltas que pudieran aprovecharse de la inestabilidad, se decidió mantener en secreto su muerte. Se momificó su cuerpo y, con sigilo, fue trasladado al Cusco. La élite que lo acompañaba ocultó la noticia a la población, y, a pesar de las dificultades, se cumplieron con los protocolos de las puruncayas, rituales que Pachacútec había instaurado.

Cuando la comitiva llegó al Cusco, se desplegaron las exequias solemnes. Hubo cantos, procesiones y sacrificios en honor al soberano caído. La momia de Huayna Cápac fue exhibida en un espectáculo ritual que reafirmaba el orden en medio de la incertidumbre, y muchos de los asistentes afirmaron que parecía conservar su vitalidad. Al final, los restos del Inca fueron sepultados en Yucay, y sus vísceras fueron enterradas en Tumipampa, el lugar de su nacimiento. Su corazón, pulverizado, fue introducido en un ídolo del Sol, para vincular su vida con Inti, la divinidad solar, y prolongar su presencia en la memoria colectiva.

La muerte de Huayna Cápac se mantuvo en secreto al principio para evitar que los rivales internos y quienes anhelaban el poder aprovecharan la noticia y precipitaran el caos. La historia ha demostrado que la muerte de un Inca suele provocar rebeliones, frecuentes en el Tahuantinsuyo, y el estallido de conspiraciones, tanto entre los jefes como en el seno de la propia nobleza cusqueña. Era claro que la mejor decisión era mantener oculta la noticia del deceso del Inca hasta que se hubiera establecido un sucesor.



En este clima de incertidumbre, Huayna Cápac había designado como heredero a Topa Cusi Huallpa. Sin embargo, en su lecho de muerte, cambió de parecer y señaló a otro hijo, Ninan Cuyuchi. Pero la fatalidad intervino: ambos, padre e hijo, murieron casi al mismo tiempo. Esto provocó una ola de comentarios en algunos rincones del imperio: se dijo que, probablemente, el Inca y su hijo fueron envenenados por los curacas de Chachapoyas, enemigos declarados de la casa real.

El vacío de poder dejó a la élite cusqueña frente a una decisión urgente. Finalmente, los orejones acordaron reconocer a Topa Cusi Huallpa, proveniente de Huascarquigar, como Sapa Inca, admitiendo así la primera voluntad de Huayna Cápac.

EL PURUCAYA O EL RITO FUNERARIO INCA

Segundo Lenguaraz



The illustration depicts a solemn Inca funeral procession. In the center, a man in elaborate purple and gold ceremonial attire, including a tall headdress and a large staff, carries a long wooden palanquin. On top of the palanquin sits another figure in similar attire. A group of men in dark tunics and hats follows behind, carrying the palanquin. In the foreground, several women in traditional pink and red tunics and headscarves are seen; one woman on the left holds a small object, while another on the right looks on. The background shows ancient stone buildings and terraced fields under a clear sky.

El funeral dura lo mismo que un ciclo de la luna. Entre cantos, bailes y llantos públicos, se proclaman y recuerdan las hazañas del difunto gobernante. En este tiempo, el cuerpo se momifica y se coloca en la plaza junto a los bultos de sus antecesores. Luego, se pregunta a los familiares y personas cercanas si desean acompañar al Inca en su tránsito: quienes aceptan, son embriagados y ahogados, para ser luego enterrados con su ajuar. También se sacrifican niños y niñas, hijos de jefes de provincias, y se entierran en diferentes puntos del imperio, incluso junto al mar. De esta forma, queda sellada la unión entre el Cusco y las provincias, y el nuevo Inca es legitimado.

El segundo acto llega después del ciclo al que los Incas llaman Wata, que comprende 12 lunas. La purucaya es una ceremonia mucho más solemne. Desde el comienzo se repiten los llantos: durante quince noches, a la luz de la luna llena. La élite cusqueña se pinta los rostros de negro, cargan las armas, vestidos y banderas del difunto, y recorren las calles recordando sus hazañas.

En las jornadas finales se celebra un carnaval a modo de duelo. En la plaza se escenifican combates rituales: cuatro hombres con vestimentas fastuosas son amarrados con cuerdas que diez mujeres, ataviadas con trajes vistosos, tiran para hacerlos retroceder. Dos escuadrones de guerreros representan la eterna rivalidad de Hanan y Hurin Cuzco en una batalla simbólica. Después, las mujeres, disfrazadas de hombres, toman la plaza en un extraño juego de identidades y plumas.

El ritual se cierra con la purificación que ofrece el fuego. Pachacútec mandó a levantar una gran hoguera donde se quemaron los objetos usados en el duelo. Desde entonces se hace así. Se sacrifican animales y su carne se reparte entre los asistentes. Se entierran los objetos de oro y plata del difunto y, a veces, jóvenes muchachos y muchachas son sacrificados. La muerte se transforma, así, en exceso y abundancia, en destrucción y renacimiento.

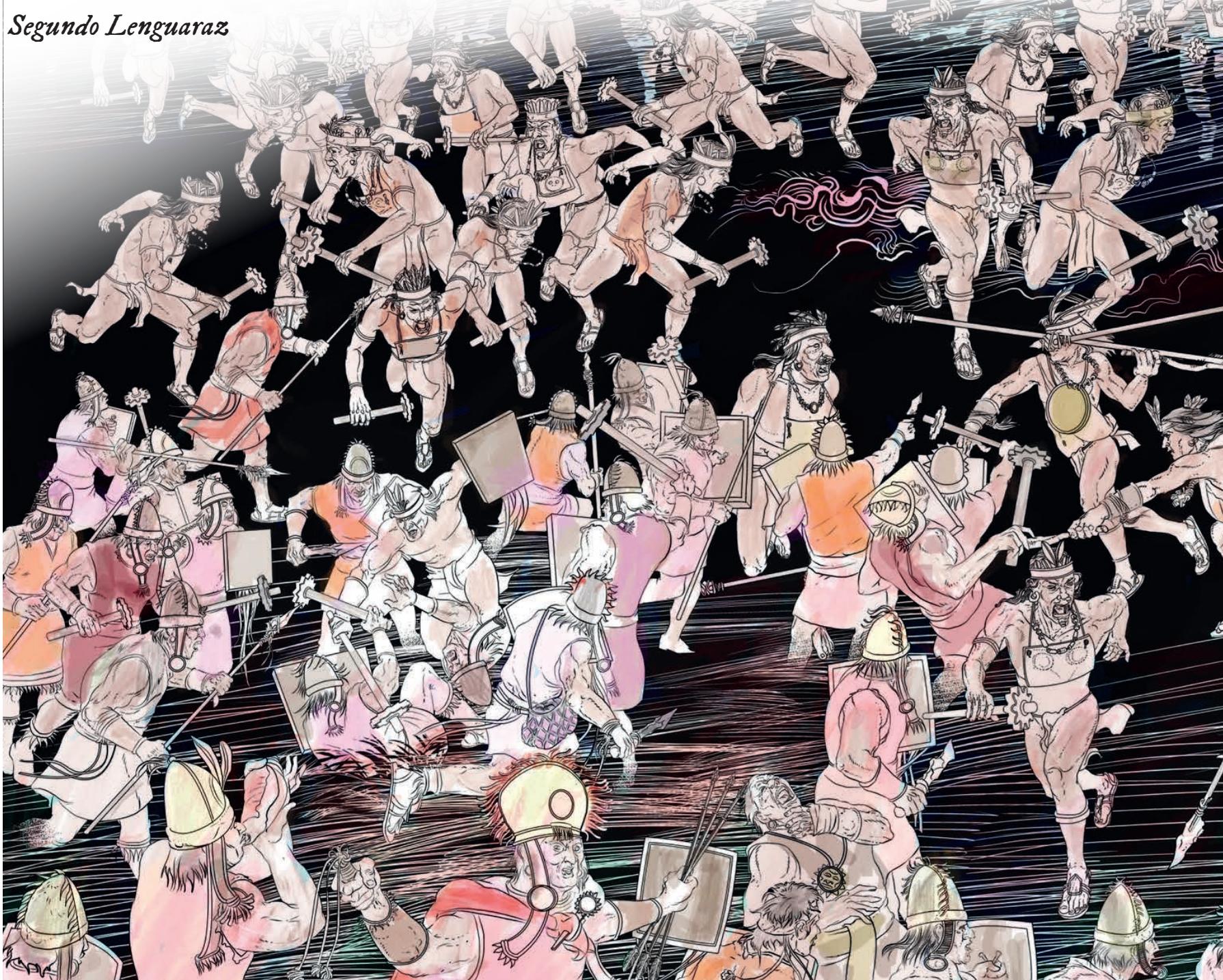
La última disposición de Pachacútec fue que el nuevo Inca debe elaborar un bulto con la momia del fallecido y guardarlo en su propia casa, para adorarlo como a un dios doméstico. De ese modo, el muerto nunca termina de irse, y el poder del linaje continúa respirando, entre hogueras, llantos y cuerpos convertidos en memoria.

Hace muchas generaciones, el Inca Pachacútec reformó los ritos funerarios de los Incas, creando el ritual del purucaya. Esta ceremonia incluye dos momentos: el funeral inmediato a la muerte del gobernante, que dura una luna, y el purucaya, que se celebra un ciclo solar después.

El primer acto se realiza en secreto. La noticia del fallecimiento de un Inca se oculta hasta que se haya decidido su sucesor. Los primeros tres amaneceres después de la muerte, la élite cusqueña se despoja de sus atavíos: orejeras, tupus, vestidos sumptuosos. El ayuno de sal y ají acompaña la discreta reunión donde se ratificaba al nuevo soberano. Después de este tiempo, el sucesor aparece en la plaza del Cusco, anuncia la muerte de su predecesor y asume la autoridad. De inmediato se envían mensajeros para que recorran todo el Tahuantinsuyu con la noticia. Ellos llevan el mensaje y convocan a los curacas de distintos territorios quienes deben acudir a la capital para rendir homenaje al nuevo Inca.

HUAYNA CÁPAC Y LAS LARGAS GUERRAS DEL NORTE

Segundo Lenguaraz

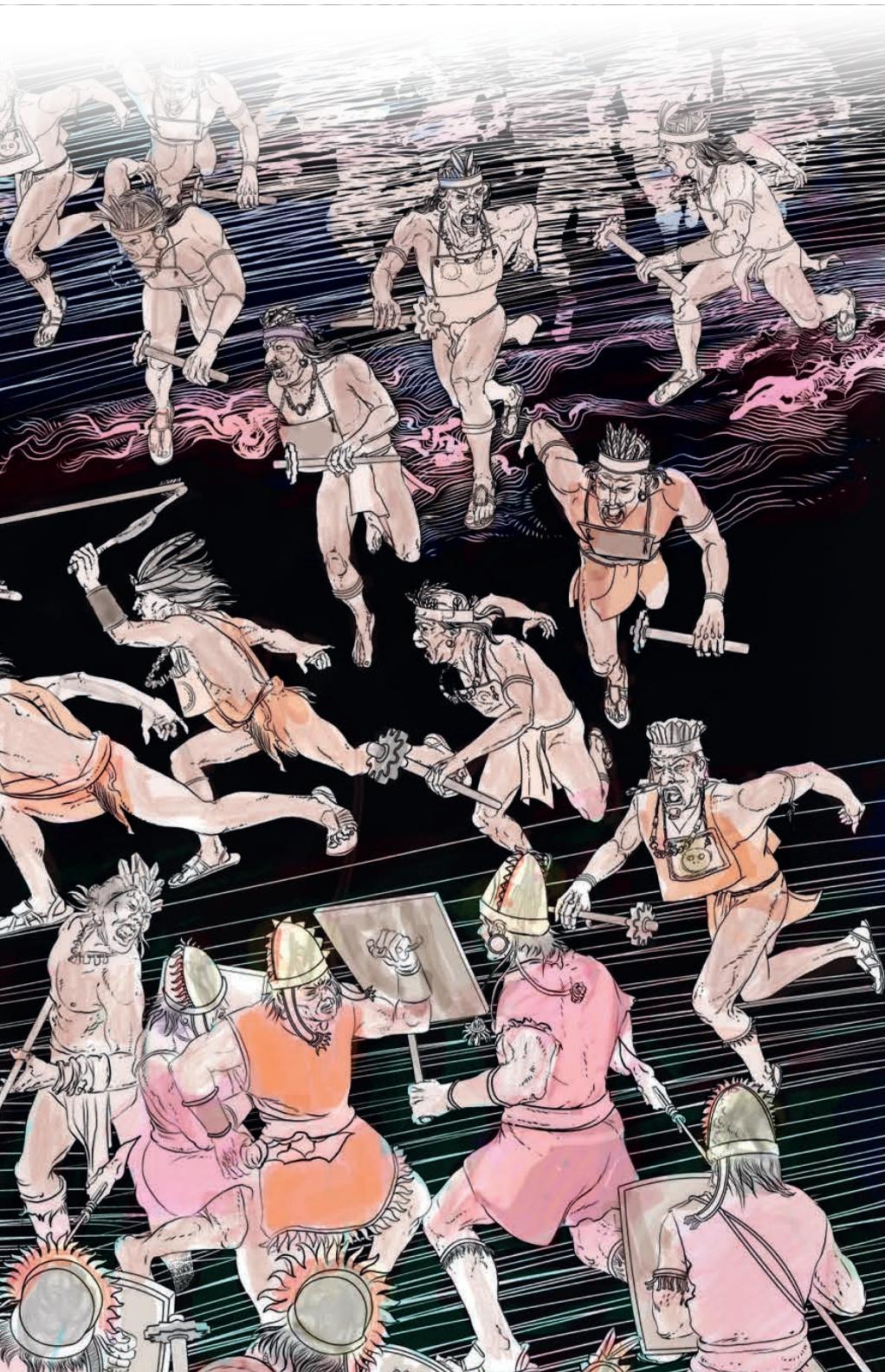


Ha pasado mucho desde que las huestes de Huayna Cápac atravesaron las montañas para llegar al territorio carangue y cayambe. Sin embargo, nadie en los poblados y en los campos ha olvidado aquellas jornadas de larga guerra.

Por generaciones, los señores Maxacota Puento y Quiamba Puento habían gobernado el territorio Cayambi. En el territorio Carangue, el más importante era el ango de Otavalo, pero también estaban los angos de Tontaqui, Caranqui, Pimampiro y otros. En los combates participaron, con la misma ferocidad, los Pastos y algunos

pueblos de las montañas, conocedores de las quebradas y los viejos senderos.

El ejército inca era un grupo de gente arrancada de sus tierras. Se alimentaba de tropas venidas del Cusco, pero también de guerreros y mitmas de los territorios que iban conquistando. Muchos habían sido reunidos a la fuerza, venían mezclados, con lenguas distintas y cicatrices semejantes. Eran soldados que no eran libres, y que luchaban, quizás, con la esperanza de sobrevivir a la próxima batalla y de que algún momento puedan retornar a sus tierras de origen.



En el número anterior del Colibrí contamos las razones que tenía Huayna Cápac para conquistar estos territorios. El interés por el norte no se explicaba solamente por su posición estratégica; hay productos que en el Cuzco se consideraban tan valiosos como el oro: el algodón, la sal, el agua, y otros bienes capaces de ampliar las reservas imperiales y sostener el comercio entre regiones.

Un viejo comerciante carangue nos relató una de sus memorias:

—Yo, en Tumbabiro, presencie esos ataques desde

nuestras casas en las laderas. Vi cómo los pucarás se llenaban de soldados, cómo los capitanes incas ordenaban y movían tropas. Era impresionante y aterrador a la vez. La primera gran campaña comenzó con Túpac Yupanqui y luego fue Huayna Cápac quien retomó la ruta y logró llegar hasta Guanca, o Quinche, para asegurar posiciones en lo que hoy llaman Pambamarca.

Mientras hablaba, su mirada parecía buscar entre los relieves de la tierra los fantasmas de aquellos años:

—Los quitos, los cayampis, los caranques, los pastos y los quillacings... todos nos sublevamos contra el régimen del Cusco. Muchos fueron exiliados.

Se encogió de hombros, con un gesto que mezclaba orgullo y tristeza:

—Y aun así, nunca fue definitivo. Siempre hubo revueltas, siempre alguien quería recuperar su tierra. Pero Huayna Cápac y sus capitanes regresaban, con sus ejércitos alimentados por tropas del Cusco y de otros territorios, para sofocar, asustar y volver a conquistar. En Cayambe, Guayllabamba, Cochasquí, Carangue, Tabacundo, Perucho y Perugache se utilizaron numerosas fortalezas, algunas levantadas por los mismos estrategas del Cusco; otras, adaptadas sobre defensas cayambes y carangues

Finalmente, nos miró directamente:

—Y así aprendimos a vivir entre las cicatrices de las guerras y las fortalezas de los señores del sur. Cada camino, cada quebrada, cada mercado lleva la huella de los Incas... y de nuestra resistencia.

Pero la historia de estas conquistas nunca se cuenta del todo en un solo relato. Las campañas que emprendió Huayna Cápac se extendieron durante varios años y en etapas distintas, cada una marcada por combates, exilios y reorganizaciones del territorio. Intentaremos reconstruir esos episodios con las voces locales de los quipucamayos que registraron movimientos y tributos entre Tumipampa y Quito, y otros testimonios dispersos que permiten, al menos, entrever la complejidad de aquel proceso.

CUANDO COCHACARAUNGUE SE VOLVIÓ YAHUARCOCHA

Benjamín L. Quiroga



Han pasado muchas lunas, pero aún tiembla la mano al recordar lo que vivimos en aquellas campañas del norte. Huayna Cápac, después de levantar Tumipampa, decidió que los cayambis y carangues debían ser doblegados, que el imperio no podía tolerar un flanco insurrecto que se rebelaba una y otra vez. Fue el comienzo de una guerra que duró varias fases, que nos desgastó a todos y que, quienes logramos sobrevivir, no podremos olvidar. Trataremos de contar las fases de esta batalla, basándonos en los relatos de algunos sobrevivientes y guerreros.

Primera fase: derrota de los pastos

La primera fase de la guerra tuvo lugar en tierras de los pastos. El Inca envió tropas por la sierra exterior

hasta el territorio Pasto; en el trayecto, varios pueblos fueron sometidos en combate y perseguidos. Los pastos, sin embargo, al saber del ataque, fingieron retirarse a las montañas, y dejaron en sus aldeas a mujeres, ancianos y niños. El ejército imperial entró confiado y celebró la aparente victoria. Aquella noche, mientras los guerreros del inca dormían ebrios y cansados de los festejos, desde tres direcciones cayó sobre ellos la emboscada. Fue una masacre. Los collas y orejones que lograron huir fueron en búsqueda de Huayna Cápac, que avanzaba desde Tumipampa con más hombres. El contraataque destruyó las defensas de los pastos. Los Incas dejaron guarniciones en este territorio ahora anexado a su dominio. Nosotros, desde territorio Carangue, temíamos lo peor: sabíamos que la herida no estaba cerrada.

Segunda fase: la caída de Cochasquí

Los hombres de Huayna Cápac se enfrentaron contra los carangues y cayambes. Primero sofocaron a los noitas, puruhaes y macas, que habían hecho un nuevo intento de rebelión. Luego de varias jornadas llegaron a Cochasquí, donde los esperaba, listo para resistir, un ejército entero. Finalmente, la fortaleza cayó, aunque el precio que pagaron fue alto. Poco después, los incas atacaron Otavalo, Tontaqui y Ancasmayo. Los sobrevivientes huyeron a la gran fortaleza carangue. Huayna Cápac envió emisarios con palabras de negociación, pero fueron rechazados con desprecio. El cerco que levantaron los cayambes y carangues sobrevivientes costó tantas vidas a los invasores que incluso el Inca estuvo a punto de caer prisionero; solo un contraataque desesperado lo salvó. Se replegaron, humillados, sabiendo que la guerra se alargaba como una condena.

Tercera fase: la batalla de Guachalá.

Auqui Toma, hermano del Inca, marchó hacia la batalla con nuevas armas y hombres que había reclutado en el camino y en las tierras de Guachalá. El general Auqui Toma logró penetrar las primeras barreras de la resistencia carangue y cayambe y alcanzó el cuarto cerco de la fortaleza, pero allí fue capturado y asesinado. La noticia de su muerte recorrió los campamentos de Huayna Cápac como un veneno. Fue un golpe que nadie quiso aceptar, un recordatorio de que ni la sangre real estaba a salvo en esa guerra.

Cuarta fase: el exterminio y la última batalla en Yahuarcocha

Huayna Cápac partió desde Tumipampa y fingió dirigirse al norte. Tras varias jornadas, dio media vuelta y arrasó con todo: graneros, leña, agua, siembras. Nada quedó intacto. Cuando el asalto final se dio, fue bajo engaño. El Inca simuló la retirada, los carangues salieron en su persecución, y en ese momento los orejones entraron por el norte y tomaron la fortaleza. Los sitiados intentaron volver, pero hallaron sus murallas perdidas.

Se retiraron hacia la laguna de Cochacarangue, convencidos de que entre los totorales y ciénegas podrían ocultarse hasta que cayera la noche y, entonces, amparados por la oscuridad, escapar sin dejar rastro. Habían preparado con antelación algunas balsas de totora, y a ellas se aferraron los más previsores; otros, en cambio, buscaron amparo en los ocho sauces que crecían en el centro mismo del lago, como si los árboles pudieran brindarles la invisibilidad que la tierra les había negado. Huayna Cápac, sin embargo, dispuso que una multitud

de guerreros cercara la laguna, y como los suyos carecían de embarcaciones, mandó cerrar la única salida posible, de modo que el combate tuviera lugar a hondazos, a distancia, sin dar respiro. Cuando dio la orden, el estrépito de tambores, trompetas y antaras inauguró la batalla, y el ruido resultó tan ensordecedor que parecía cubrirlo todo, como si el propio lago hubiera estallado.

Envío después a otro destacamento hacia la laguna de Imbag, frente al territorio del señor de Otavalo, para recoger la totora y las balsas allí dispuestas. Pasados algunos días, tras haber reducido a los que resistían en las lomas fortificadas, ordenó que los suyos entrasen en el agua con las embarcaciones recién obtenidas. El combate en la superficie fue incierto, algunas balsas se hundieron antes de llegar, pero las que alcanzaron la orilla desencadenaron la matanza. Taló los árboles en que se ocultaban los rezagados y, a los sobrevivientes, mandó degollarlos en las riberas y arrojar sus cuerpos a la laguna, como si el agua pudiera tragarse la memoria del combate. Los que se habían ocultado entre los totorales corrieron igual suerte, apresados primero y ejecutados después. Se dice que también perecieron mujeres y niños, aunque —según cuentan algunos— Huayna Cápac quiso dejar a unos pocos, menores de doce años, para que al sobrevivir llevaran consigo, como cicatriz perpetua, el recuerdo de su poder.

La matanza fue de tal magnitud que, desde entonces, como si el propio lago conservara en sus aguas la sangre vertida, se lo llamó Yahuarcocha

Lo que ocurrió en Yahuarcocha aún nos persigue. Yo mismo vi cómo el agua se volvía roja, cómo los cuerpos flotaban entre los juncos, cómo el aire se llenaba de un olor insopportable. No fue una batalla, fue una matanza, nos dice un sobreviviente. Pintag y algunos lograron escapar, pero más tarde fueron capturados. Después de la masacre, Huayna Cápac dejó guarniciones en la zona y regresó a Tumipampa, proclamando victoria.

Sin embargo, no hubo victoria. Sólo muerte. Años después, cada vez que alguien se acerca al lago, jura que el agua conserva un tinte oscuro, como si el tiempo no pudiera lavar aquella sangre. Y es necesario repetirlo, para que no quede en el olvido el ataque del imperio sobre estas tierras ni la resistencia valiente de quienes lo enfrentaron, cayambis y carangues que pelearon hasta el final para que el invasor del sur no se apoderara de su mundo. Pero temo que las palabras de la lengua quechua —la lengua de los vencedores— borren poco a poco los nombres de los antepasados, de aquellos que murieron aquí, defendiendo lo que era suyo.

LA FUERZA MILITAR DE LOS INCAS

Llamuco



El ejército de los Hijos del Sol anuncia el inicio de la batalla con un clamor que paraliza a sus enemigos. Anticipando un valle de sangre, llegan los cantos y gritos de los guerreros incas. Y con ellos, la furiosa música de las flautas y los tambores, y el aullido de las conchas marinas que expanden su profundo lamento entre las montañas. Luego, un pequeñísimo instante de silencio antes del combate.

En la delantera marchan los honderos, agitando sobre sus cabezas las poderosas armas que arrojan una lluvia de piedras. La honda es una de las armas más características de los Incas, y su buen manejo es requisito en todo guerrero experto. Detrás de ellos avanzan los que portan macanas y porras: unos largos y pesados maderos ensartados con piedras del tamaño de un puño. Al final, cerca de los jefes, aguardan los guerreros más valiosos, los que ya son

conocidos por sus hazañas y sus muchas batallas, o aquellos que forman parte del linaje Inca. Estos portan hachas fabricadas con metal y estólicas que apoyan sobre el brazo izquierdo para lanzar las flechas. Dicen que los hombres que rodeaban a Huayna Cápac portaban hachas de oro, brillantes bajo el sol, anunciando en su belleza el horror de la muerte.

Para defenderse, los Incas portan en las batallas un vestido grueso del algodón, que suaviza el impacto de los golpes y las piedras enemigas. También portan rodelas de madera forradas de pieles de animales que usan para defenderse. Ningún hombre marcha desprotegido a la batalla, y la mayoría de ellos están siempre enojados y lucen los decorados característicos de sus pueblos. Algunos se pintan el rostro, otros llevan plumas en la cabeza y adornos de cobre y oro en el cuerpo. Aunque no están presentes en la

batalla, en los campamentos aguardan las mujeres de los guerreros, listas para curar las heridas, preparando la chicha para los rituales y para energizar a los cuerpos deshechos después de la jornada de muerte.

La mayoría de los hombres que combaten en nombre del Hijo del Sol provienen de los pueblos conquistados; son los mitmaq que deben cumplir con el servicio militar obligatorio, hombres cuyos pueblos han sido ya dominados y vencidos y ahora se ven obligados a dar su vida para conquistar otros; guerreros de distintas lenguas y distintos dioses unidos a la fuerza por la herida de la guerra, que luchan con la esperanza de vivir un día más y volver a sus ayllus.

Se dice que el Inca Túpac Yupanqui se preocupó por formar hombres especializados para la guerra, hombres que no tuvieran que cumplir tareas de servidumbre o de los campesinos, y que se dedicaran exclusivamente a la batalla. Estos hombres forman parte de la guardia personal del Inca, y se rumorea que muchos de ellos, ahora, provienen de las tierras cañaris.

Cuando triunfan, los Incas condenan a los vencidos a marchar al Cusco para ser pisoteados: así celebran su victoria. O los confinan a morir en los sancahuasis, unos pozos repletos de serpientes, alacranes y arañas. Con los cráneos de los vencidos hacen copas de las que beben chicha; con los huesos y dientes hacen collares; y con las pieles hacen tambores con los que atemorizarán a los pueblos que conquisten el día de mañana.

Algunos dicen que son las armas; otros, la precisión y la estrategia; otros, la cantidad de hombres que poseen los ejércitos Incas... tal vez son todas estas razones las que convierten al ejército del Hijo del Sol en una fuerza poderosa, que va marcando su historia con sangre, victorias y conquistas. Pero hay quien rumorea que su éxito se le debe a los pururaucas: hombres de piedra que pelean de su lado, invencibles y sanguinarios.

El miedo que inspiran las leyendas y los rumores los hacen vencedores, muchas veces, antes de que la batalla empiece. ¿Cuántos pueblos se rindieron a su paso, cuántos pueblos doblegados? ¿Cómo podríamos culpar a los derrotados? ¿Cómo sería posible enfrentar y vencer a esos corazones de piedra?

QUÍLAGO: LA SEÑORA DE COCHASQUÍ

Segundo Lenguaraz

Se decía entonces, en los tiempos de la conquista, que en la otra orilla del río Quispe se desató una rebelión. Y que no eran hombres los que la dirigían, sino una mujer. Una señora a la que llamaban Quilago, que gobernaba la tierra de los Cochasquies, parte del señorío cayambi, y que lo hacía con autoridad suficiente como para poner en aprietos al propio Huayna Cápac.

El Inca, desconfiado de los tumultos y de que aquella insubordinación se prolongara, había marchado con su ejército hacia esas tierras. Encontró a sus contrarios bien fortificados, río de por medio. Hubo enfrentamientos, muertes y puentes quebrados. Todo eso duró mucho tiempo, sin que ninguno de los bandos obtuviera ventaja alguna.

Fue entonces cuando Huayna Cápac, irritado por la resistencia, arengó a sus guerreros y les recordó que el Sol, su padre, le había prometido la victoria, y que como prueba le había entregado una honda, tres piedras de cristal y una flecha dorada. Los hombres, alentados, creyeron en la promesa y redoblaron el combate.

Dicen los amautas que el Sol ayudó a Huayna Cápac: que al lanzar una de las piedras de su honda, esta golpeó contra un peñasco y de inmediato surgió un fuego que abrasó los pajonales donde se ocultaban los rebeldes. El paso quedó libre y Huayna Cápac cruzó el río con su ejército, venciendo en una batalla encarnizada.

Quilago fue apresada. El Inca no la trató como a una prisionera cualquiera, sino que la colmó de atenciones, regalos y favores. Decidió tomarla, incluso, como una de sus mujeres secundarias. Ella, hábil y desconfiada, fingió resistencia mientras urdía un plan de venganza. Mandó excavar un profundo pozo en su propia recámara, confiada en atraer al Inca y darle sepultura allí mismo.

Pero Huayna Cápac supo del engaño. Y cuando acudió al palacio, invitado por la señora, no cayó en la trampa. En cambio, la empujó a ella. Fue Quilago quien terminó en el pozo que había mandado abrir para su enemigo. Lo mismo ocurrió con sus sirvientas. Con la muerte de la señora de Cochasquí, se desmoronó también la resistencia. Quilago, la mujer que había osado enfrentarse al hijo del Sol, ya no estaba.

PINTOG

Llamuco



El páramo desolado y el inclemente viento son los últimos refugios de los hombres que huyeron con Pintog, los pocos que lograron evitar la sangrienta muerte en Yahuarcocha. Fuimos hasta las alturas de Oyacachi, donde uno de los guerreros escondidos se ofreció a relatarnos los últimos movimientos de Pintog, su general, quien murió hace no mucho en manos de Huayna Cápac. Relataremos aquí lo escuchado.

La dolorosa y memorable travesía de Pintog comenzó con el final asedio Inca a los carangues. Aunque la mayoría de los hombres cayambis y carangues se habían visto ya derrotados y perdidos, y muchos habían abandonado las armas rogando por perdón, Pintog se mantuvo firme. Junto a Canto, otro destacado guerrero, hicieron frente a los Incas hasta el último momento: trepados en árboles, frenaron el avance de Huayna Cápac arrojando una lluvia de piedras sobre sus hombres. Estos esfuerzos no bastaron. Las huestes del imperio se abalanzaron sobre los cayambes y carangues que resistían y los aniquilaron uno a uno. Entonces cayó muerto Canto y apresado Pintog.

La tenacidad de Pintog le impidió rendirse, aun encontrándose prisionero. Y aprovechando el desorden y la confusión que reinaba en esos días, logró escapar en compañía de algunos hombres, entre los que me cuento. Supimos por los rumores que Huayna Cápac lamentó muchísimo nuestra huida liderada por Pintog, pues lo consideraba un guerrero valioso y astuto y, por lo tanto, un enemigo peligroso para su imperio. Sin duda, sus temores eran bien fundados. Envío detrás de nosotros una hueste furiosa, pero logramos burlarlos al refugiarnos en los páramos de Oyacachi y sus helados y difíciles terrenos que favorecieron nuestra huida.

La mayoría de nosotros quiso esconderse allí, permanecer a salvo en esas montañas y abandonar los intentos de batalla. Pero Pintog no. Apenas se tomó unos escasos amaneceres para reponer el cuerpo, algunas heridas, y continuó su marcha hasta el Valle de los Chillos, con algunos hombres decididos a seguirlo hasta la muerte. Allí, escondido entre sus campos, permaneció un buen tiempo, pero jamás inmóvil. Como le habría resultado imposible y

poco sensato enfrentar directamente a los ejércitos de Huayna Cápac, empezó una guerra a escondidas: asaltaba pueblos dominados por los incas y quemaba sembríos, tomaba armas, alimentos, hombres. Generaba miedo y extendía el rumor de que la resistencia cayambi todavía recorría las montañas, como un espectro inalcanzable, jamás derrotado. Levantaba los ánimos de los vencidos y encendía el fuego de las rebeliones. Pero, sobre todo, impedía la tan anhelada paz en los pueblos del Tahuantinsuyo.

Esto preocupó tanto a Huayna Cápac que, a pesar de que había regresado a Tomebamba a reponerse de tan larga guerra, decidió salir él mismo, en nueva campaña, a detener a Pintog. Llevó consigo muchos hombres, más de los que habría necesitado, y con ellos cercó el valle donde le habían informado que Pintog se movía. No fue fácil apresarlo, pero al final lo consiguió.

Espero que jamás, en tiempos venideros, deje de conmovernos la valentía y la dignidad con las que Pintog enfrentó su condena. Jamás se rindió. Rechazó todos los regalos y títulos y ofertas que Huayna Cápac le hizo para intentar doblegarlo y que aceptara formar parte de sus ejércitos. Pintog murió de hambre, rabia y cansancio sin haber probado comida Inca y sin haber aceptado ni una sola de las comodidades que Huayna Cápac le ofreció.

El Inca, como reconocimiento a su valentía, mandó a construir un tambor con la piel de Pintog, instrumento que luego llevó al Cusco para usarlo en ceremonias y rituales y, así, jactarse de su victoria sobre un gran guerrero.

¿Recordarán, quienes oigan ese tambor sonar entre las montañas, el valor jamás derrotado del cayambi Pintog? ¿Seguirá la memoria de su resistencia ululando por las montañas del norte?

SUCESIONES Y HERENCIA EN LOS INCAS

La historia Inca está llena de guerras entre hermanos que pelearon contra los suyos para quedarse con el poder. Lo hizo Pachacútec cuando mató a su hermano Inca Urcu para ocupar su lugar; lo hizo su hijo Túpac Yupanqui, quien batalló contra Tupac Cápac, uno de sus hermanos que se había revelado tratando de tomar el mando. Y lo hizo el mismo Huayna Cápac para asegurarse el poder, enfrentando en batalla y matando a su hermano mayor, Capac Guari, que se consideraba heredero legítimo.

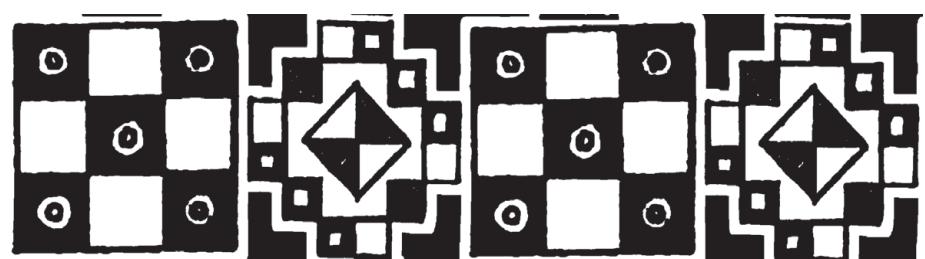
Para ser Inca no es suficiente ser el hijo mayor o el elegido: es necesario que demuestre ser el más apto para gobernar y el más capaz de sofocar rebeliones en su contra. Muchos creen que la causa de estas guerras es el hecho de que no existen leyes claras sobre las sucesiones y la herencia del poder, lo que provoca que varios hijos y familiares se consideren aptos y dignos de gobernar después del fallecimiento del Inca.

La mayoría de las veces, el Inca designa a su hijo preferido como su heredero. A este elegido le ordena co-gobernar: le encarga tareas administrativas fundamentales, le coloca al frente de conquistas importantes y le permite demostrar su valía militar y su capacidad de gobierno. Si el elegido no demuestra ser adecuado, el Inca puede seleccionar a otro heredero de entre sus hijos. Es muy conocido que esto pasó con el hijo mayor de Pachacútec. El Inca había designado a Amaro Yupanqui como su sucesor, pero cuando este no demostró la habilidad militar que se requería para continuar con la expansión iniciada por su padre, este decidió entregar el poder a Túpac Yupanqui.

LA BEBIDA DE LOS INCAS

El asua, la bebida predilecta de los incas, se hace con maíz, dorado y sagrado como el sol. Para prepararla, es necesario fermentar el grano humedeciéndolo con agua y cubriéndolo entre hojas de achira. Este abrazo vegetal, acompañado del calor de las casas donde siempre hierven carbones y maderos, provoca que el maíz germe y pequeñas raicillas crezcan de los granos. Las familias que preparan el asua muelen una parte de este maíz enraizado y la otra muerden y mastican hasta formar una masa que unen a lo demás. Así, la arrojan a grandes vasijas donde el agua hiere sin descanso por varios días y, cuando se ha enfriado, la vierten sobre unas tinajas para que repose y los sólidos se separen del líquido y adquiera su sabor final. Mientras más días permanece el asua en las tinajas, será más fácil que emborrache a los bebedores, y será más cotizada en rituales y en fiestas donde es capaza de adormecer y alimentar el cuerpo.

Se bebe asua en enormes cantidades, no solo en ritos y fiestas, sino también durante las mingas y el trabajo, para saciar la sed. La gente del Cusco acompaña todas las comidas con asua, y dicen que si no la beben, sus cuerpos enferman, se debilitan y pierden entusiasmo. Por esto, las mujeres que preparan el asua son muy respetadas y cotizadas en todo el Tahuantinsuyo.



QHAPAQ ÑAN: LA COLUMNA VERTEBRAL DEL INCARIO

Sinchi Yarik



Sobre antiguos caminos locales se ha levantado nuestro camino de piedra. Esta ruta se extiende desde el corazón del Incario y se adentra hacia distintos puntos en los territorios conquistados: desde cumbres lejanas, cerros, lagunas, quebradas, fuertes de guerra, terrazas de cultivo, etc. Lo llamamos Qhapaq Ñan, porque por aquí se distribuyen varios insumos como comida, textiles, mensajes y encomiendas que sostienen a este pueblo.

Cuando el Inca llegó a las fronteras entre los territorios cañaris y paltas, por Paquizhapa, levantó un tambo al que llamó, en su lengua, Yura Tambo. Desde entonces, este fue un punto estratégico para su descanso mientras avanzaba en la conquista del norte. Desde allí organizaba sus tareas, tomaba decisiones y mantenía el control sobre las poblaciones sometidas.

A medida que el Inca avanzó hacia el norte, el camino también creció con él. Desde Tomebamba, varios ramales del Qhapaq Ñan se abrieron: hacia el norte y hacia la costa. En lo alto del Cajas, específicamente en las alturas de Molleturo, el Inca mandó a construir una serie de ushnus: plataformas con graderías, generalmente cuadradas o rectangulares, que funcionaban como plazas principales, centros administrativos o puntos de control territorial. Este lugar no fue tomado al azar, ya que constituía un enclave importante donde los cañaris y puneños mantenían intercambios de varios insumos, especialmente de spondylus. Así, tomó control de esa red de comercio que tanto poder concentraba; y desde allí, el Inca accedió a la costa.

En cuanto al norte, este camino se extiende por Cojitambo, que en principio fue habitada por los cañaris. Esta construcción es una de las fronteras de guerra más importantes en el avance del Inca hacia el norte, pues su vista privilegiada permite tener un control general del territorio en caso de que se acercaran huestes enemigas. Desde este fuerte militar, el camino se extendió hacia Ingapirca, que en lengua del Inca quiere decir “pared del Inca”. Allí estableció uno de sus más grandes aposentos, distribuido entre plazas ceremoniales y la figura de un templo imponente erigido para la adoración del sol.

Siguiendo esta ruta, se construyó un tambo en una de las grandes lagunas de este territorio llamada Culebrillas. Pasando montañas, pajonales y quebradas, el Qhapaq Ñan se extendió hacia Achupallas en dirección norte, y llegó a territorio de los Puruhá. Este siguió cerros como el Puñay, serpenteante, hasta llegar a territorio Panzaleo. En el norte, el Inca se encontró con un terreno distinto al que había dejado atrás: altos montes y volcanes a los que los habitantes de estos parajes llaman Antisana, Cotopaxi, Cayambe y Sincholagua. Cerca de una llamada loma de Gallo, mandó a construir obras con la más fina piedra, para su propio uso y otras construcciones adyacentes para la labor agrícola.

Este camino se extiende hasta un desfiladero desde donde se contempla un extenso valle que llaman Chillos; hacia el otro lado, se abre otro valle, conocido en lengua de su gente como Machachi. Más adelante se contempla un paraje de terreno escarpado llamado Gualquincha, desde el cual el Qhapaq Ñan se abre paso firme hasta Guayllabamba y, desde allí, hasta las tierras de Cochasquí.

Más hacia el norte, se encuentra las alturas de Pambamarca, donde la tierra es más alta y el viento sopla voraz. En estas cumbres se alzan numerosos pucará, fortalezas de piedra que los constructores del inca han levantado para vigilar y resguardar las fronteras. Desde los pucará se envían mensajes de humo que viajan más rápido que el más veloz de nosotros. Desde allí es posible seguir camino hacia unas grandes montañas que llaman Mojandas, territorio de aire frío y abundantes lagunas.

RECUERDOS DE UN MINDALA

Hernán Jaramillo Cisneros

Ulco, el joven vecino que nos visita siempre, nos recuerda a su padre: Ulcoango, un mindala que, antes de la conquista, atravesaba esta amplia región montañosa para comerciar en pueblo lejanos. A Ulco le gusta recordar las historias que le contó su padre y las repite en las noches para honrar su memoria.

Hace ya un tiempo, el Otavalango había llamado a Ulcoango para encargarle una tarea importante: le pidió que, en su próximo viaje, estuviera atento a la información que pudiera recolectar sobre el numeroso ejército que avanzaban desde el Sur con intenciones de conquista. Para entonces, los ejércitos incas habían conquistado ya varios territorios de la región de Quito, y avanzaban al norte con rapidez.

Ulcoango cumplió con la tarea encomendada, y retornó con información valiosa. Visitó pueblos conquistados -siempre protegido por el título de comerciante- y descubrió que los invasores imponían una serie de tributos a los pueblos que vencían en batalla, especialmente en alimentos y tejidos, e implantaban trabajos forzados a los sometidos. Entre estos trabajos obligados estaba la construcción de varios caminos. Ulcoango, sorprendido, refirió que los conquistadores, en los territorios ya anexados a su imperio, habían construido un sistema complejo de caminos que unía los principales centros poblados del enorme imperio, facilitando el comercio, la comunicación y la movilización de fuerzas militares a lo largo de la región andina.

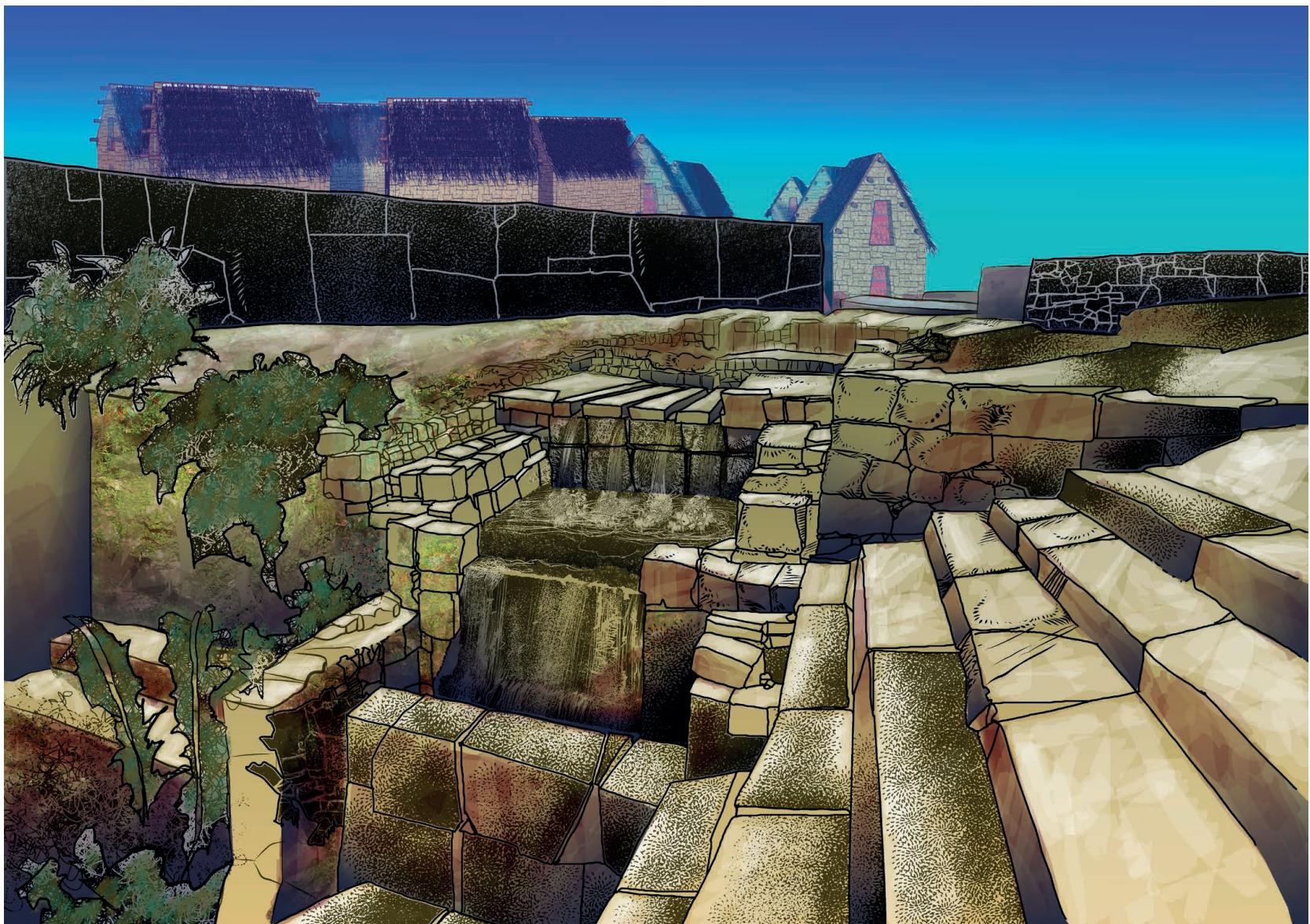
Ulcoango, que conocía caminos y rutas, refirió que nunca había visto nada parecido: señaló que el camino tenía sitios de descanso y de control a lo largo del recorrido, que se llamaban tambos. Esta red permite al Inca tener el control de todo lo que circula por su camino principal y sus ramales. Según Ulcoango, el camino permitía el control de los pueblos sometidos, porque por él enviaban mensajeros y recibían informaciones con rapidez; asimismo, por esos caminos se desplazaban tropas a las fronteras y a sofocar cualquier sublevación sin pérdida de tiempo. Gracias a estas vías el Estado dejaba sentir su autoridad en todas partes.

Ulcoango informó que aquel camino era llamado qhapac ñan, que su planificación y construcción era obra de los antiguos reinos Huari y Puquina, que los nuevos conquistadores lo ampliaron y conservan como parte de un enorme proyecto político, ideológico y administrativo llamado Tahuantinsuyo.

Ulco recuerda la ausencia de su padre mientras mira el Qhapac Ñan y los chasquis incas atravesando su tierra, y los caminos enterrados por los que alguna vez anduvo libre.

CONSTRUCCIONES DEL INCA EN EL CHINCHAYSUYO

Benjamín L. Quiroga



Tras la conquista de los carangues y cayambes, la huella del Inca ha quedado marcada en las obras que han cambiado el paisaje que conocíamos. Al recorrer los territorios que ahora forman parte del Tahuantinsuyo, podemos observar caminos y puentes que fueron trazados con una disciplina que parece ignorar los caprichos de la geografía, y que enlazan poblados y montañas.

Los puentes son, quizás, la primera evidencia de que los territorios ahora se rigen bajo el orden del Inca. En el río Pisque vimos cómo algunos antiguos pasos habían sido conservados, mientras que los más largos se reconstruyeron para enlazar los senderos locales —los cununcos— con la gran vía del Inca y sus ramales. Cinco modelos de puentes aparecían con cierta recurrencia. Los de troncos: simples maderas apoyadas en rocas o torres, sujetas con cabuya, cubiertas de ramas y rocas; los de piedra: arcos breves,

apilados con exactitud; los huaros u oroyas: un cable de fibra tensado de orilla a orilla, sostenido por un árbol, con una canasta de mimbre capaz de transportar a una persona o una carga. También están los puentes flotantes, hechos de balsas de totora, con tierra y madera encima; no los vimos aquí, pero en el camino nos hablaron de su existencia. Los puentes colgantes son los más comunes ahora: están hechos con fibras de paja o cabuya trenzadas, siempre en pares, de modo que mientras un cable está en uso, el otro puede recibir mantenimiento. Atados a grandes muros de piedra, parecen resistir el embate del viento.

Construcciones no menos importantes son los tambos, levantados a intervalos precisos. Son albergues y depósitos, moradas ideales para el descanso y también útiles para el comercio, lugares donde los viajeros pueden intercambiar productos o esperar a que pase la tropa. Allí llegan los

chasquis, veloces como el viento, siempre listos para entregar sus mensajes. Anuncian su llegada con el llamado de una caracola, y el relevo, ya listo y calzado sus sandalias, su bolsa y su manta, emprende la carrera de inmediato cuando recibe el mensaje. La noticia viaja sin descanso, para que la voz del Inca no pueda apagarse nunca.

Las técnicas de construcción incas no se asemejan a las empleadas por pueblos vecinos conquistados. Para los Incas, la piedra es siempre dominante, mientras que aquí, antes de su llegada, prevalecía la cangahua. Y en la costa, la tierra sola. Las edificaciones incas dejan ver la paciencia de sus constructores, quienes arrancan grandes bloques de piedra usando herramientas de cobre y bronce, y los aplanan frotándolos contra arena húmeda hasta que adquieren su característica textura y rectitud. No deja de sorprender la forma en que trasladan esas piedras a zonas altas: muchos hombres participan en la tarea, y utilizan un sistema de troncos y sogas.

Los pucaras se ven desde lejos. Coronan cerros estratégicos con muros dobles o triples, verdaderas murallas para resistir asedios y controlar el paso de viajeros. En las casas nobles, la austedad exterior contrasta con interiores pintados, tapices de cumbi y hasta paredes revestidas en oro y plata, supo explicarme un visitante.

Cada huamani —como se les llama a las provincias del imperio— tiene su centro administrativo. En Caranqui, Quito, Latacunga o Tumipampa vimos varios centros alineados con el objetivo de almacenar, controlar, organizar templos, colcas y cuarteles.

—Las colcas —añade uno de los viajeros que nos acompaña, señalando unos depósitos— guardaban maíz y textiles. Siempre se los hacía cerca al templo y al cuartel.

El control del Inca en el norte es visible en sus imponentes construcciones y edificios, que le aseguran el control del territorio recién conquistado.

EL CUSCO

Tachil

Nuestro viaje ha sido de largo aliento: desde Callo y Tumibamba, pero nuestra curiosidad vence al cansancio. Al fin hemos visto el esplendor de lo que es el extenso legado de Túpac Yupanqui. La ciudad es un vistoso hervidero viniendo del Valle sagrado, Ollantaytambo, Picchu, Vilcabamba y Choquequirao. Es un gran mercado y festival con moradores orgullosos. Tarkas, pinquillos, antaras, ocarinas y atabales resuenan por doquier en preludio de la celebración que tomará lugar el día de mañana.

El Amauta que nos conduce nos explica que la forma de la ciudad es la réplica de un gran gato de las montañas a punto de saltar. La ciudad, edificada sobre las bases de un discreto poblado perdido en las montañas, ha terminado borrando todos los recuerdos de la pequeña y antigua Accamama. El Inca Túpac Yupanqui la recibió en adobe, barro y pirca... y, haciendo honor a su fama y poderío, la entregó en piedra, inaugurando el gran cambio hacia un nuevo tiempo.

Junto a nosotros llegan numerosos visitantes. Para muchos, el viaje es largo y cansado, han enfrentado el inclemente frío, difícil de soportar. Pero la fama y poderío que refleja esta ciudad es algo digno de verse. El Inca Yupanqui emprendió un proyecto ambicioso de

construcciones: templos, fortalezas y plazas en una nueva repartición de la tierra. También hubo de reparar los dos arroyos que pasan por la ciudad, en una serie de canales, para mitigar los destrozos del invierno.

Esta ciudad denominada Cusco es lugar ancestral en donde reposan las momias de sus antepasados míticos, distribuidos en un mapa que configura una geografía sagrada gigantesca. He visto el Muyumarca, expresión en piedra de la cercanía del Titicaca, que es como los confines del mundo, una muestra y presencia del mar primigenio: el origen, el fundamento, el lodo original. Recinto sagrado, encerrado en un gran rectángulo protegido por las moles que conforman la fortaleza de Sacsayhuamán edificada por Túpac Yupanqui. Las torres de Paucarmaca, Sallacmarca y numerosas colcas y almacenes, también están dentro de la gigantesca construcción. Hay muros por doquier: Jatúnrumiyoc, comenzando en la salida oriental al Antisuyo, cruza la ciudad por la gigantesca plaza Huaycapata y Cusipata y se dirige a la salida por el poniente.

La noche se avecina. Al salir el sol, los de Tumibamba daremos el último adiós al Sapa Inca, quien hará morada muy lejos de su tierra.

CAPACOCHA: LOS SACRÍFICIOS RÍTUALES EN LAS ALTURAS DEL IMPERIO INCA

Jorge Mantilla



Entre las peculiaridades de la nación Inca, que seguro interesarán a los lectores del Colibrí, hay una que llama particularmente la atención: la práctica de rituales con sacrificios humanos. Las historias y testimonios sobre los sacrificios humanos se extienden a lo largo de todo el territorio Inca; también sobre los pueblos conquistados, donde no dejan de inspirar inquietud y temor. Sin embargo, al no haber presenciado personalmente ninguna de estas ceremonias, y debido a su compleja naturaleza, aconsejo al lector cierta prudencia sobre los contenidos narrados a continuación.

Existen lugares de sacrificio ubicados en puntos muy altos de montañas como Sara Sara, Llullaillaco, Aconcagua, Ampato o Chusca, cuyas altitudes superan los territorios donde empieza la nieve y el hielo. Estos son lugares que se han anexado al imperio Inca hace no mucho,

por lo que no es extraño pensar que estos rituales están siendo utilizados para reforzar el dominio y control Inca a través del miedo y el respeto. Pero también los sacrificios humanos se conectan fuertemente con la espiritualidad y las creencias de esta gente. Por ejemplo, muchas montañas altas son asociadas con el dios del clima y del rayo, Illapa.

A estos rituales, la gente los conoce como capacocha, y se caracterizan porque en ellos, las personas sacrificadas suelen ser niños y niñas, usualmente entre 7 y 14 años de edad. Los métodos de sacrificio son diversos e inquietantes, la vida de los niños puede arrebatarse con golpes en la cabeza, ahogándolos, o incluso con cortes en la garganta o el corazón. En algunos casos, antes de ser sacrificados, los niños consumen grandes cantidades de hoja de coca o beben chicha en exceso, intentando que estas sustancias mitiguen el dolor y el miedo.

Los niños sacrificados pueden ser hijos de curacas, así como hijos de simples campesinos de diferentes zonas del imperio. Sin embargo, en algunos rituales, se busca sacrificar a las acllas, niñas que a los 5 años son escogidas para vivir bajo la tutela de sacerdotisas. Cuando cumplen los 14, son entregadas como esposas para nobles, consagradas como sacerdotisas o destinadas a sacrificios humanos. Antes de partir a sus destinos finales, el ritual de sacrificio usualmente incluye una estadía de aproximadamente un año en el Cusco. Durante este tiempo, los niños provenientes de estratos humildes experimentan cambios en sus dietas, aumentando de repente el consumo de carnes y maíz. En otras palabras, su dieta se asemeja más a la de las clases nobles que a la de los campesinos.

La mayoría de los sacrificios suceden en puntos lejanos al Cusco, por lo que el ritual implica largas peregrinaciones y desplazamientos hacia los sitios de sacrificio, por ejemplo Llullaillaco, que se encuentra a unas dos o tres lunas de caminata desde la capital Inca. Además, la altitud en dónde se encuentran estos espacios ceremoniales debe acarrear consecuencias físicas para los peregrinantes. Hace un tiempo tuve la oportunidad de ver una peregrinación: tal desplazamiento ceremonial es impresionante: despierta miedo, respeto y asombro.

Una vez realizados los sacrificios, los cuerpos suelen ser enterrados usando textiles muy finos y adornados con diademas, collares o brazaletes de oro. También es común enterrar a los niños muertos con vasijas, ollas y jarros. En su interior, se colocan plantas provenientes de diferentes lugares del imperio como maíz, yuca, oca, frijol y legumbres. Estas, dicen, servirían para que el muerto pueda preparar la chicha en la otra vida y también para la celebración de los conocidos rituales de comer junto a los muertos. Además, en los entierros se encuentran restos del cabello de los niños, que fue cortado antes del sacrificio, y diferentes harinas de plantas tradicionales.

Las historias cuentan que los sacrificios humanos no son exclusivos de los incas. Los Chimú, por ejemplo, llevan a cabo sacrificios rituales con niños y llamas, a las que les sacan el corazón. Aun así, las peregrinaciones y lo que se cuenta sobre estos rituales no deja de inspirar temor. Más ahora en los tiempos que atravesamos y al saber que nuestros pueblos han sido conquistados.

BAJO LA MIRADA DE LOS DIOSES

Jorge Mantilla

Para los incas, la vida está enlazada con la voluntad de innumerables dioses. Ninguna siembra, viaje o empresa queda fuera de su influjo. Tal como en el reino de los hombres, en el panteón inca también hay jerarquías: existen dioses mayores y menores. Entre los primeros se destacan Huiracocha, Inti, Pachacamac, Illapa, Tunupa, Pachayachachi, Pariacaca, Huari, Libiac, Piquerao, Chicopae, Catequil o Aipaec. La multitud de dioses menores es demasiado grande para ser enumerada. Estos, a veces tienen una figura humana, otras de animal, e incluso forma vegetal. Cualquiera sea su imagen, todos poseen un espíritu sagrado.

Después de sus conquistas, los incas no suprimen a los dioses de los pueblos vencidos: al contrario, los suman a su extensa hueste divina, aunque siempre en un plano inferior al que ocupan los dioses del Cusco. De hecho, mientras preparo esta nota, no puedo dejar de preguntarme qué pasará en el futuro con todos los dioses que gobiernan nuestra tierra Caranqui, ¿mantendrán las nuevas generaciones su memoria o serán arrastrados por el olvido?

Las historias de estos dioses están pobladas de amores, contiendas y alianzas, casi como si fuesen un reflejo de sus contrapartes más terrenales. Los incas narran con detalle las batallas de Pariacaca contra Huallallo Carguancha, o la unión de parejas divinas como el Sol y la Luna, o Urpayhuachac con Auca Atama. Algunos dioses llegan incluso a morir. Por ejemplo, se cuenta que Tunupa, viajero divino, desapareció en balsa en las aguas del lago Titicaca. También es importante mencionar que varias deidades son femeninas, entre ellas destaca la Pachamama y Mamacocha, la madre tierra y la madre mar, de quienes depende la agricultura y la pesca.

La tierra misma está poblada de seres protectores. Cada planta tiene su espíritu guardián: saramama para el maíz, papamama para la papa, uchumama para el ají. Estas reciben ofrendas y cánticos para asegurar que la semilla crezca y el ganado se multiplique. Las montañas, sobre todo aquellas de cumbre nevada, escuchan las súplicas de sus hijos y responden con lluvias o sequías. No hay rincón que carezca de su huaca, pues en cada uno habita una fuerza viva que mueve las cosas.

En las grandes fiestas, el pueblo entero se une. Se ofrecen cuyes, aves y a veces vidas humanas para honrar a los dioses. Los sacerdotes, con sus familias y sirvientes, custodian los templos, administran las tierras y preservan los ritos. Así, la religión no es sólo creencia, sino la urdimbre que enlaza el poder, la cosecha y la memoria. En las tierras del Sol, la fe no se guarda en silencio: se vive, se canta y se labra cada día, como si el pulso de los dioses latiera junto al nuestro.

NUEVOS JEFES EN LOS TERRITORIOS CONQUISTADOS

Llamuco



Las cosas han cambiado para los pueblos conquistados. No solo nuestra tierra ha sufrido transformaciones —donde antes había cultivos, ahora vemos campos de guerra; donde antes estaban casas y pueblos, ahora vemos fortalezas—, también nuestros líderes, nuestra gente, nuestros trabajos son distintos.

A medida que más y más tierras se anexaban a su dominio, el Sapa Inca tomó la decisión dividirlo en lo que llaman Huamanis, límites muchas veces marcados por los territorios conquistados. Dentro de estos territorios, su gente manda a levantar esto que llaman llactas: poblados que se construyen en puntos estratégicos para facilitar el control de las zonas ya dominadas. Dentro de las llactas, la sociedad, los nobles y la gente se organizan de forma particular.

Hay que notar que el Inca gobierna junto a los panacas, es decir, ayllus o familias reales, descendientes de algún Sapa Inca. Es bien sabido que en nuestros días los Panacas emparentados con Huayna Cápac tienen más poder, mientras que los Panacas descendientes de algún Inca que gobernó hace mucho tiempo han perdido mucho de su prestigio e influencia.

Cuando un Inca toma el poder y viste la mascapaycha, la corona distintiva, una de sus primeras tareas es designar a sus cuatro asesores y consejeros, a los que llama Apocunas. Estos permanecen siempre cerca del Inca, le asisten y le aconsejan. Los Apocunas tienen bajo su mando a hábiles quipucamayos, personas expertas en el uso y lectura de esas herramientas que llaman quipus, donde guardan y registran todo cuanto les es posible sobre los acontecimientos del imperio, noticias, guerras, mandatos e historias.

En cada territorio, el Inca designa a unos gobernantes a los que llama Tucricuts, que siguen en poder a los Apocunas. Son ellos los encargados de controlar y poner en marcha todos los deseos del Inca a lo largo de su territorio. Ellos deben controlar la construcción de rutas y caminos, puentes, tambos, y además deben organizar el trabajo, levantar censos, controlar la producción de la tierra y seleccionar a las personas que cada región puede aportar al ejército para las futuras conquistas. Estos gobernantes viajan al Cusco, durante el capac-raimi, para rendir cuentas ante el Inca y saludarlo. El Sapa Inca, siempre desconfiado e inquieto después de tantas rebeliones, y preocupado por el poder que tienen los gobernantes dentro de las huamanis, ordenaba que los Tucricuts estuvieran siempre acompañados por los tucuiricuts: espías leales al Inca que tienen derecho de entrar a las casas y reuniones con el fin de escuchar cualquier amenaza o plan que pueda trazarse en contra del Inca.

De entre todas las tareas que cumplen los Tucrichtus, quizás la más importante es regular y disminuir el poder de los señores locales. A los jefes de los pueblos conquistados, el Inca les otorga el título de Jatun Curacas. A ellos se les permiten conservar cierto poder, privilegio que pretende evitar descontentos y reducir las posibilidades de que los señores vencidos se vean tentados a organizar revueltas. Una vez sometido el Jatun Curaca, debía entregar a un curaca subordinado, generalmente un hijo o familiar cercano, que sería llevado al Cusco para ser vigilado. Esta estrategia tenía como propósito debilitar las leyes de sucesión en los pueblos conquistados y mantener el poder y el control del Estado inca.

Dentro de la sociedad inca, los Jatun Curaca conquistados pasaban a servir al Inca, conservando su autoridad en el ámbito local, aunque siempre bajo la supervisión del poder incaico. Además de encargarse del control y la administración de sus antiguos territorios, dirigían la siembra y la cosecha. Continuaban disfrutando de sus tierras y podían conservar a sus yanás, pero su producción estaba destinada principalmente a abastecer a las gentes del Inca.

En los niveles inferiores de la sociedad inca se ubicaban los artesanos, los pescadores, los mitmaq, los jatun runa —la población común—, junto con los yana o sirvientes y los esclavos.

EL TEMOR DE LOS VENCIDOS

Benjamín L. Quiroga

Después de la conquista definitiva de Carangue y Cayambe, Huayna Cápac escogió entre los prisioneros a los que consideraba más valiosos, más dignos de ser vistos por su rango y admirados en la distancia, los de complejión firme y cuerpo entero, como si la derrota no hubiera dejado en ellos huella alguna. Hizo separar a hombres y mujeres, incluso por edades, y dispuso que fuesen conducidos al Cusco, donde habría de mostrarlos en su entrada triunfal, con el fin de mostrar que su poder se ha extendido en nuevos territorios.

Los cautivos, sin embargo, nunca supieron interpretar aquella elección sino como una sentencia de muerte. Y es que el temor tiene la facultad de oscurecer cualquier gesto, hasta el más rutinario. Creyeron que aquella selección no era sino preludio de la matanza, y en la desesperación, se armaron con lo poco que hallaron a mano, y aun aturdidos, se alzaron contra la guardia, intentando defenderse para escapar de una suerte que creían que estaba marcada. Huayna Cápac, con esa crueldad desapasionada que era tan suya, ordenó que fueran apresados, ajusticiados y posteriormente asesinados. Allí cayeron muchos de los cayambes y carangues que habían sobrevivido, por fortuna o desgracia, a la matanza anterior en Yahuarcocha.

No sería la única vez que el inca hiciera ostentación de su poder con los vencidos. En otra de sus celebraciones, de esas que parecían tener más de teatro que de rito, hizo comparecer a otro grupo de prisioneros, esta vez destinados a ser repartidos por las regiones del Tahuantinsuyo, como si fueran mercancías humanas que aseguraran la lealtad de tierras distantes. Atados de manos, con el miedo aún más visible que las cuerdas que los sujetaban, se presentaron ante él aguardando el desenlace fatal. Mas, Huayna Cápac, con una magnanimidad que no era sino otra forma de dominio, les perdonó la vida a condición de que rindiesen obediencia perpetua al imperio. Los envió de regreso a Carangue, junto con los hijos que habían permanecido ocultos en las montañas, para que repoblaran el territorio y continuaran la construcción de edificaciones y caminos necesarios en el territorio conquistado.



HABLANDO CON EL ANGO DE OTAVALO

Preferí la supervivencia de mis pueblos a vengarme, nos dijo el Otavalango.

Melchor Cotama



Fue grato hablar con el Ango de Otavalo, a quien ahora los conquistadores han dado el título de Hatun Curaca. El es el nieto de aquel Otavalango —el hahua, en Runa Shimi, la lengua del Inca— a quien algunos viejos colegas conocieron y entrevistaron hace mucho tiempo, cuando la guerra era todavía una amenaza. Fue él, el abuelo, quien convocó a sus pares angos para definir estrategias que pudieran detener el avance del conquistador inca.

—¿Qué recuerda de su abuelo? —le pregunté.

—Lo conocí cuando era niño todavía. Mis recuerdos son de un hombre mayor, respetado por todos, que pasaba mucho tiempo preocupado de su gente y la producción de sus tierras. Además, solía organizar reuniones junto a otros jefes, donde hablaban de una guerra y de los preparativos que hacían. Era ya mayor cuando murió.

—¿Y de su padre?

—Cuando murió mi abuelo, él se hizo cargo de la familia y de todas las demás tareas. Dio especial importancia a la preparación de un ejército que, junto a los demás angos, formaron para defenderse. Contribuyó directamente en la construcción o reforzamiento de montículos para detener el avance de los incas. A pesar de todo, fue muy difícil frenarlos. En cada enfrentamiento moría mucha gente, nuestra y de ellos. Logró algunas victorias sobre los enemigos, pero siempre regresaban con nuevos refuerzos. Perdimos en Cochisquí y en otros sitios.

—¿Y aquí? —le pregunté, invadido por la curiosidad. Su rostro se ensombrece al recordar.

—Los incontenibles hombres del Sapainca Huayna Cápac descendieron por Mojanda.... No fue posible enfrentarlos. En esa batalla murió mi padre. Los que sobrevivimos nos replegamos, heridos y casi vencidos.

Por un momento, se quedó en silencio, hasta que volví a preguntar.

—¿Qué paso luego?

—Asumí la tarea que me correspondía como Otavalango. El Sapainca mandó emisarios que me ofrecían la paz si nos rendíamos de modo definitivo. La otra opción era continuar con la guerra hasta exterminarnos —hizo una pausa breve y suspiró—. No fue fácil decidir. Por un lado, sentía el deseo de vengar la muerte de mi padre y de tanta gente de mis pueblos;

por otro, estaba la realidad de que no disponíamos de suficientes hombres ni armas para continuar la resistencia. Comprendí, con dolor, que no podríamos resistir mucho tiempo y menos aún ganar. Los mayores me aconsejaron que aceptara la rendición. Así que acepté. Al instante, me impusieron algunas condiciones que hasta hoy se han cumplido.

—¿Condiciones como cuáles? —le pregunto.

—El Sapainca tomó como esposa secundaria a una hermana de mi padre, que tuvo y aún tiene autoridad. A mí me respetó el rango, denominándome Hatun Curaca, es decir, me ratificó como el principal de mis pueblos y territorios. Quedé, sin embargo, subordinado al poder del Inca y a la supervisión que de tiempo en tiempo hace el tucricut. Algunos podrán pensar que se trata de cobardía... yo prefiero pensar que se trata de la mejor estrategia para sobrevivir.

Al escribir estas notas, reflexiono acerca de lo complicada que debió ser aquella decisión. El Otavalango —prefiero llamarlo así— hoy es un hombre maduro, que gobierna junto a su hijo a quien educa y prepara para el momento en que deba asumir las responsabilidades de su padre. Después de esta decisión, los demás angos no lo miraron de buena forma, pues gracias a la rendición y los privilegios acordados, no se tomaron varones de estas tierras para la guerra. Sin embargo, las actividades agrícolas y textiles son, al día de hoy, una importante fuente de abastecimiento para el incario.

Concluida la guerra de conquista, poco a poco se está estructurando una nueva forma de gobierno. Es muy temprano para advertir cambios profundos. La lengua del inca todavía no se habla sino en los círculos de las familias principales. Hay poblaciones que llegaron de otros lados y que se asentaron en territorios locales, como en Peguche, por ejemplo. Los rebeldes de estos lares fueron desterrados o desplazados a otros sitios. Esa es la esencia de la política inca: traer y llevar grupos mitmas para consolidar su presencia.

El dilema del Otavalango: preferir la supervivencia de sus pueblos a cobrar venganza fue, en su momento, una decisión que detuvo la desaparición de estas gentes y permitió una coexistencia relativamente pacífica.

Pero nadie, menos aún los jóvenes, han olvidado a los muertos. Y no miran con agrado al conquistador.



LOS DESTERRADOS CAYAMBÍS



Benjamín L. Quiroga

Tras cada victoria, Huayna Cápac se mostraba implacable en la derrota de sus enemigos. Como castigo, resolvió que muchos de ellos jamás volvieran a tener lugar en su propio suelo. Un grupo de Pastos fue conducido a paisajes lejanos, al sur del lago Titicaca; anteriormente, su padre Tupac Yupanqui había enviado cañaris al valle de Yuca, cerca de Cusco, donde también se encontraban quitus exiliados. Se dice que algunos de estos cañaris terminaron custodiando las puertas mismas del Cusco, junto con ciertos Chachas. No se trataba de un gesto de confianza, sino de soldados que eran a la vez prisioneros.

Pero la historia más reciente —y quizá la más dura— es la de los cayambis. Un gran grupo fue trasladado hacia Matibamba, en tierras de los angaraes. Allí, como otras gentes llegadas de Cajamarca, de Huarochirí o de las lejanías chachapoyas, fueron forzados a convertirse en mitmas, en piezas móviles en el tablero de un imperio que necesitaba brazos y obediencia. Su destino fue dedicarse al cultivo de la coca. Un informante que conoció esas lejanas plantaciones nos cuenta que el Inca mandó a todos los mitimaes y naturales de esos territorios a que rompieran la tierra y la trabajaran en nombre del Inca, para que los cayambis se dedicases a sembrar y recoger la coca.

No son labradores libres. Están bajo la supervisión de los curacas Parinanco y Toca, quienes sirven al Inca y controlan cada parcela, cada muerte y cada nacimiento. Ellos tienen la obligación de rendir cuentas con minuciosidad, y los castigos que pueden aplicar son medidos: azotes, golpes de piedra, mas nunca la muerte, pues esa facultad pertenece a otros.

A cambio de su trabajo, los cayambis reciben lo indispensable para sobrevivir. El curaca les entrega un vestido, a veces un vaso de oro o plata como gesto de visita, y los obliga a trabajar chacras reservadas para su sustento. También se les repartió casas y tierras, con la instrucción expresa de que fundaran allí un pueblo. Además, se les asignaron tres parcelas de tierra montuosa que debían limpiar, sembrar y volver fértil para que produjera coca, maíz, ají, algodón y otras legumbres.

La coca que producen estos esclavos tiene un destino claro: servir de tributo al Inca. Se dice que los cayambis cumplen con exactitud: fueron ellos quienes trabajaron y abrieron esas tierras hasta hacerlas productivas. Y aún en estos días, el producto de su trabajo se entrega como tributo a los jefes y señores. Nada más que los restos queda para su propia subsistencia.

LOS MITIMAES

Melchor Cotama

Pueblos enteros están siendo arrancados de las tierras donde nacieron y crecieron, y trasladados a territorios distantes. Los llaman pueblos Mitimaes —esta palabra viene del quechua mitmac, que significa “esparcir”—. Son grandes grupos de gente, a veces familias numerosas y a veces hasta poblados enteros, separados de sus comunidades, de sus tierras, de sus casas y sembríos.

Huayna Cápac fortaleció este sistema de migraciones forzadas que su abuelo había implementado, y que resulta imprescindible para el control y la organización de un imperio cada vez más grande.

Se trata de un plan muy bien articulado: los gobernantes del Inca fijan el número de familias que deben trasladarse de un lugar a otro, y procuran que el sitio al que los obligan a migrar tenga un clima similar y que se produzcan alimentos semejantes. Allí, el Inca les proporciona los medios de vida necesarios para subsistir y les encarga diversos trabajos que pueden ser de carácter militar, artesanal, trabajos en la tierra, en las minas de sal, trabajos religiosos o simplemente administrativos. Algunos comentan que hasta una cuarta parte del imperio ha sido removida de sus tierras y reasentada en otros lugares.

Ninguna otra política afectó y afecta tanto a la población como ésta de los mitimaes. Los mitimaes no pueden trocar sus vestidos ni los tocados de sus pueblos nativos, y cuando reciben la orden de trasladarse lo hacen con sus enseres, semillas y bienes. Ausentes, conservan sus propias costumbres, fiestas y rituales. A pesar de alejarse de sus pueblos de precedencia, mantienen sus vínculos de reciprocidad y de parentesco. Por eso no cuesta reconocerlos como extranjeros, y es fácil que sean objeto de desprecio y rivalidades por parte de las comunidades locales de los territorios a los que llegan.

Una forma de nostalgia surge de ese exilio forzoso, como una característica que acompaña a los mitimaes desde su partida hasta siempre. Padres alejados de sus hijos, amantes arrancados de los brazos del otro, hermanos que nunca se volverán a ver, cónyuges cuyos vínculos se rompen... La congoja del amor, el mal de la ausencia, ha dado origen a que cantores -a los que les llaman haravecos- creen y divulguen cantos de dolor. La poesía triste, la esencialmente pesimista y doliente, es la de los mitimaes:

*Kay pacha, urpi pacha
añaykunallawanmi,
kikin kusikuyta
munaykunawanmi.
Ñawi kachun, songo kachu
buk songoqa qespikuy,
kuyaqmi tarpuyta
tupaqqa qespikuy.*

*Más allá de este mundo,
más allá del tiempo,
te seguiré amando,
en cada canto, te amaré.
Con mis ojos, con mi corazón,
hasta el último suspiro,
siempre te amaré*



LAS MITAS: MIGRACIONES QUE SOSTIENEN AL IMPERIO

Llamuco

La mayoría de las veces, los pueblos mitimaes son ayllus conquistados y etnias a los que el Inca considera peligrosos: poblados rebeldes e inconformes donde podrían originarse revueltas que el imperio no puede permitirse.

La función política y estratégica más común de estos desplazamientos fue la necesidad del imperio incaico de dividir a las poblaciones que suponían una amenaza para las élites incaicas. Las mitas servían para diezmar una población y reducir su capacidad subversiva y así, controlar al vencido sin extinguir los ayllus, lenguas y dioses de los pueblos derrotados.

Sin embargo, las mitas suceden también con otros objetivos, y no siempre se trata de pueblos enemigos del Inca. Muchas veces, se desplazan comunidades y etnias aliadas, que le ayudan a mantener el control y la buena administración.

Uno de los principales objetivos de las mitas es colonizar: ocupar territorios importantes, minas de sal, campos de coca. También varios grupos se desplazan en calidad de esclavos para trabajar en los cocales de por vida, en condiciones miserables y peligrosas.

Otro de los objetivos de las mitas es trasladar agricultores y artesanos para redistribuir la producción en zonas específicas, y también controlar pastos y ganados en puntos estratégicos. O, incluso, controlar el crecimiento poblacional en zonas donde empiezan a escasear los recursos. De esta forma, el Inca ordena las zonas productivas de acuerdo con las necesidades de su imperio.

También se trasladan familias y poblados para formar guarniciones militares en las fronteras del imperio, con el objetivo de defender el territorio de invasiones de pueblos bárbaros. Algunas poblaciones también son movilizadas para formar la guardia personal del Inca o para integrarse a los ejércitos que marchan a su lado.



Se sabe que también se utilizan las mitas como una forma de “limpieza social”: se trasladan familias y pueblos considerados de casta baja o de etnias despreciadas para alejarlos de ciudades importantes y de familias nobles. También se obliga a migrar a pueblos enteros con el fin de tomar sus tierras y dárselas al Inca o a alguno de sus familiares. Incluso, algunas veces, se han movido pueblos enteros para crear lugares sagrados y de adoración.

ACLLAS: MUJERES DEL SOL

Maiwa Sinchi



En exclusiva para El Colibrí, escuchamos el testimonio de una joven de las tierras del Sur. Su historia, además de conmovedora e inquietante, nos aproxima una nueva realidad que las mujeres de nuestros pueblos tienen que vivir ahora que formamos parte del Tahuantinsuyo. Transcribimos el testimonio con fidelidad para nuestros lectores.

Sobre viejos sitios sagrados, en la tierra que él nombró Tomebamba, el Inca mandó a levantar un templo en honor al Sol. Cuando estuvo terminado, dio la orden de que varias niñas hijas de curacas cañaris, entre las que me incluyo, fuéramos llevadas allí. Cuando vinieron a llevarme, no puse resistencia, porque eso podría haberme costado la vida. Mis padres me dijeron que no temiera, pues mi labor desde entonces sería al Inca y al nuevo dios que llegó con ellos.

Me contaron que el lugar al que me llevarán se llama, en la lengua del Inca, Aclla Wasi. Allí viven y trabajan las yanaconas, mujeres sagradas, conocidas como esposas del sol, expertas en los oficios de hilar finos textiles, cocinar, preparar chicha y adorar a los dioses con sus cantos. Ellas son quienes instruyen a las Acllas, es decir, niñas y jóvenes que debemos aprender estos oficios. Me dicen que, quizás,

pueda convertirme en una Yanacona en el futuro, o puede que sea elegida por el Inca para ser una de sus mujeres, o quizás mi destino sea casarme con uno de sus generales.

Mi madre peina mis largos cabellos negros y me viste de manera especial, pues este será el día en que me convertiré en una aclla, dedicada a vivir en un templo resguardado por los generales del Inca. Aunque temo que no estoy a salvo de que mi destino cambie y se me prepare para convertirme en una Capacocha, para ser sacrificada en algún alto cerro del Tahuantinsuyo. Me cuentan que, en tiempos de festividades, todas las acllas deben acompañar a las momias, a los generales y la corte del inca, que emprenden un largo viaje rumbo a Cusco para celebrar al sol. Allí, en la capital, el destino de las niñas como yo es distinta: se hacen llamar Ñustas, y se encuentran en el nivel mas alto de la nobleza.

Recuerdo que otras niñas y sus madres huyeron a las altas cumbres para evitar servir en el incario y ser recluidas en sus templos. Yo no pude huir, porque mi padre, un curaca, ha pactado ya con el Inca y el precio de la paz será ahora perder a su hija. No sé si algún día volveré a este lugar, pues mi destino es incierto ahora.

VOCES NUEVAS, TIERRAS NUEVAS

Jorge Gómez Rendón

Al adentrarse en los nuevos territorios del norte, el Inca se dio cuenta de que sus gentes hablaban lenguas distintas de las que estaba acostumbrado a escuchar en el Cusco y sus alrededores. En su tierra, la mayoría hablaba el quechua, pero ninguna de estas lenguas se parecía a alguna de las formas de hablar el quechua que había escuchado en el sur, ni siquiera en el altiplano o incluso en la costa. Pero no solo encontró que los pueblos hablaban diferente del Cusco. También pudo notar diferencias entre ellos. Se dio cuenta que los Cañaris de la región de Tomebamba se distinguían por su forma de hablar de los Puruháes, la gente que vivía en los alrededores del primer gran nevado que encontró en el norte.

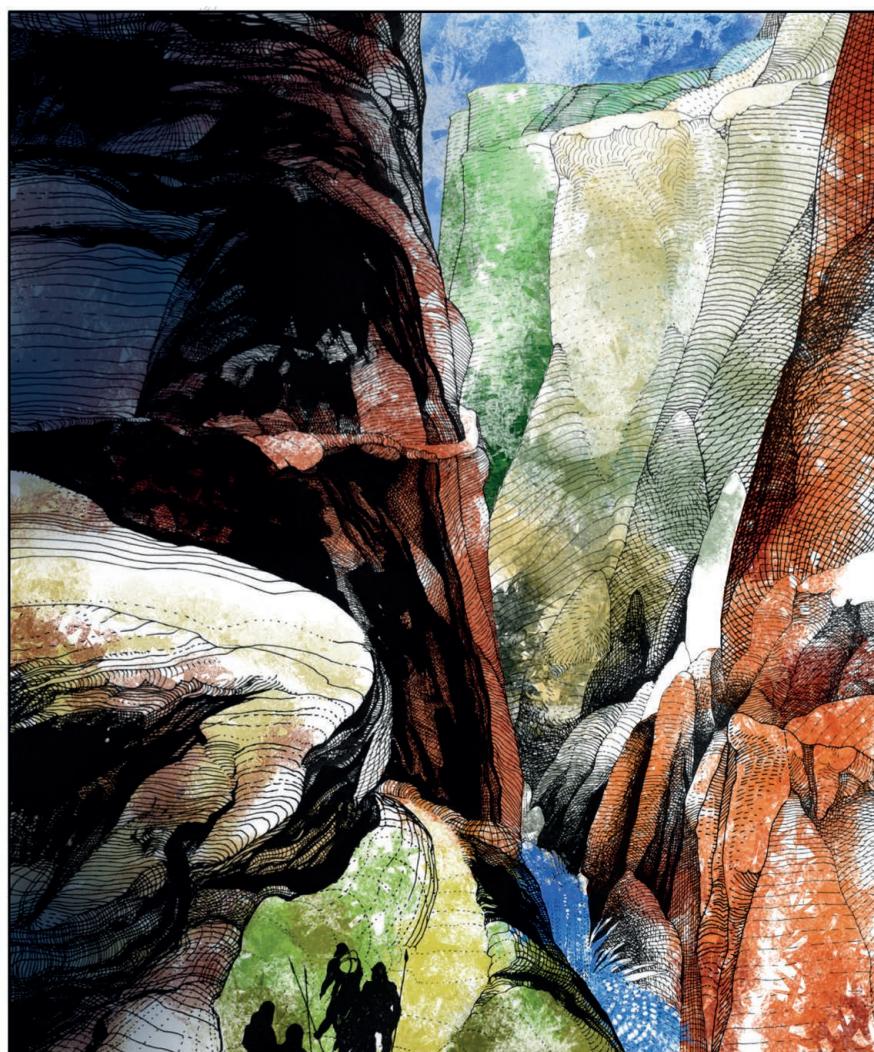
Pero cuando los ejércitos del Inca avanzaron más hacia el norte, empezaron a notar que la pronunciación de las palabras no era tan diferente entre un pueblo y otro. Se percataron que la forma de hablar de las gentes de la región de Quito se parecía mucho a la forma de hablar propia de los Caranquis. Y que estos y los Pastos, uno de los últimos pueblos conquistados, hablaban de manera muy semejante. Un quipucamayo inca nos comentó que su gente halló interesante el hecho de que algunos pueblos de los bosques húmedos que estaban hacia el poniente pudieran entenderse con la gente de la Sierra. Al parecer se trataba de dialectos de una misma lengua o al menos de lenguas de una misma familia. Todo indicaba que los pueblos de la Sierra, al menos desde Panzaleo hasta Pasto, así como muchos pueblos de las zonas calientes y los llanos que daban hacia el mar, compartían un mismo origen.

Pese a que las gentes de los territorios conquistados tenían sus propias lenguas, el Inca encontró un puñado de personas que conocían el quechua, unos por haberla aprendido en sus viajes hacia el sur, otros por usarla para comerciar sus productos. El Inca supo utilizar sus conocimientos y los nombró intérpretes. Varios de ellos, sobre todo los del territorio Cañari, fueron de gran ayuda en la conquista definitiva de los nuevos territorios. Otros fueron educados desde niños para la misma labor.

Cuando los ejércitos del Inca y sus administradores empezaron a familiarizarse con la geografía local, saltó a la vista que había palabras que compartían sonidos y que se referían a los mismos accidentes geográficos. La mayoría

de las veces los ríos llevaban los sonidos *pi* o *bi* al final de la palabra como Ambi, Itambi, Pastavi entre otros. Asimismo, cuando un río estaba encajonado en quebradas o cañones, era más común encontrar los sonidos *chi* y *gui* o *gue* al final de la palabra como Malchingui o Guaranguí. Cuando la lengua del Inca se hizo más conocida por los lugareños, estos empezaron a reemplazar estas terminaciones con la palabra “*yaku*”, que en quechua significa “agua” o “río”.

El inca no impuso con violencia su lengua en los nuevos territorios, aunque sí exigió que los caciques la hablaran. Por eso mandó a sus hijos al Cusco a aprender la lengua, entre otras cosas necesarias para la administración. Al mismo tiempo, el Inca sabía que era importante conocer las lenguas que se hablaban en las tierras recién conquistadas, de modo que algunos de sus funcionarios tuvieron que aprenderlas. Conquistar nuevas tierras representó para ambas partes el desafío de aprender otras lenguas.



LOS TAQUÍS INCA

Benjamín L. Quiroga



En los pueblos del Tahuantinsuyo, las historias se cantan para ser contadas. Los amautas, los quipucamayos y los haravec son quienes conservan y comparten las memorias cantadas durante las fiestas, a través de las chacras, en los entierros y en los ritos de iniciación. A veces, las acompañan con instrumentos sonoros.

He aprendido que existen cantos de victoria, canciones amorosas, lamentaciones funerarias y plegarias para pedir lluvia. Cada pieza sigue su propio conjunto de notas, con reglas que cada pueblo conoce y que se han respetado a lo largo del tiempo. “Si se rompe la regla —dice un anciano de Huancavelica— se rompe el vínculo con los cerros y con los dioses”.

El nombre que les dan a estas canciones es taqui. En la lengua del inca, significa canto, pero se refiere también a la música, la danza y la puesta en escena. Todo lo imaginable se convierte en taqui: la siembra y la cosecha, la limpieza de canales, el pastoreo, la guerra, el matrimonio, la muerte, la iniciación, la fecundidad. “No existe algo que suceda sin que se vincule a un taqui —dice un campesino del Cusco— es como hablar con la tierra y con los dioses al mismo tiempo”.

Existen muchas danzas que se relacionan a varios aspectos de la vida: la *vecosina* y el *amna*, por ejemplo, devuelven vitalidad a la tierra. El *chanca*, de carácter erótico, se dedica a Chaupiñamca, diosa de la fertilidad y de la lluvia. El *huarz* honra a un dios a lo largo de los canales de riego. La *ain'gua* acompaña las cosechas de maíz. El *ayño* celebra la cacería exitosa. En el Chinchaysuyo todavía se recuerda el *huauco*, entonado por doncellas y mozos que hacen sonar la *tinya* (un tamborcito pequeño) mientras los hombres responden soplando calaveras de venado. En el Cuntisuyo se conservan las *sainatas*, en las que hombres y mujeres cantan juntos, y la *taquicachigua*, una danza erótica que en algunos pueblos aún provoca incomodidad. Aunque son muy antiguas, las danzas rituales de Mama Rayguna y Huacón se realizan todavía. La primera recuerda a los pájaros que robaron semillas a la diosa para entregarlas a los humanos. La segunda, en la que los bailarines visten unas máscaras de nariz larga, denuncia a quienes incumplen las normas de la comunidad. “Estas danzas son como un tribunal en movimiento —dice un comunero de Jauja.

Los cantos también son muchos, y se relacionan a diferentes grupos de personas o actividades. El *haylli*

celebra el triunfo guerrero, el *llamaya* acompaña a los pastores, el *pachaca huarayo* pertenece a los labradores, el *quisquina collina* es preferido por las collas mientras que el *aymarama* acompaña las jornadas de chacra.

Todas las danzas y todos los cantos tienen un objetivo. Se baila para congraciarse con los dioses y los mallquis, se canta para asegurar cosechas abundantes, caza próspera, protección del ganado y para asegurar el triunfo en la guerra. También para atraer lluvias o espantar heladas y granizadas.

Los cantos van acompañados de instrumentos de viento y percusión. También hay cencerros, tambores, caracolas marinas, quenas, flautas. Entre los más comunes están los *pomatinyas* de piel de puma, trompetas de caracola o *guayllaquepas*, trompetas de calabaza llamadas *pototo*, el pincullo, las antaras o flautas de pan. Otros instrumentos aparecen según la región: pipas, quenaquena, chiuca, nucaya, sonajas, maichiles, silbatos.

Los tambores tienen dos modelos. Los grandes, llamados *huáncar*, son tocados por hombres. Los pequeños, llamados *tinya*, por mujeres. Algunos se hacen con cuero de llama y otros con piel humana de enemigos derrotados. “Cuando golpeo este tambor —explica un tocador— se escucha más allá de los cerros y hasta los dioses responden”. Hay también instrumentos hechos con cráneos de venados o perros, junto a trompetas de oro, plata o cobre. Cuanto más antiguos, más poderosos. A las trompetas de calavera de venado se les llama huauco.

Los taquis se parecen de un extremo al otro del Tahuantinsuyo, pero cada pueblo guarda sus variaciones y defiende la propiedad de sus bailes. “Si otro pueblo la imita, es como robar la memoria —comenta una mujer en Cusco—. Los taquis tienen propósitos diversos. Algunos son profanos, otros religiosos, otros guerreros. En la corte del Inca hay tocadores, cantantes y danzantes exclusivos para el soberano y la Coya. En los acllahuasis, las jóvenes, llamadas taqui acllas, repiten los gestos y melodías para el jefe supremo durante las fiestas solemnes.

En todo el imperio se baila, pero nunca se juntan los jefes con el pueblo. “Todos bailan, pero las clases no se mezclan” comenta una mujer de Andahuaylas.

QUIPUS Y YAPANAS

Segundo Lenguaraz

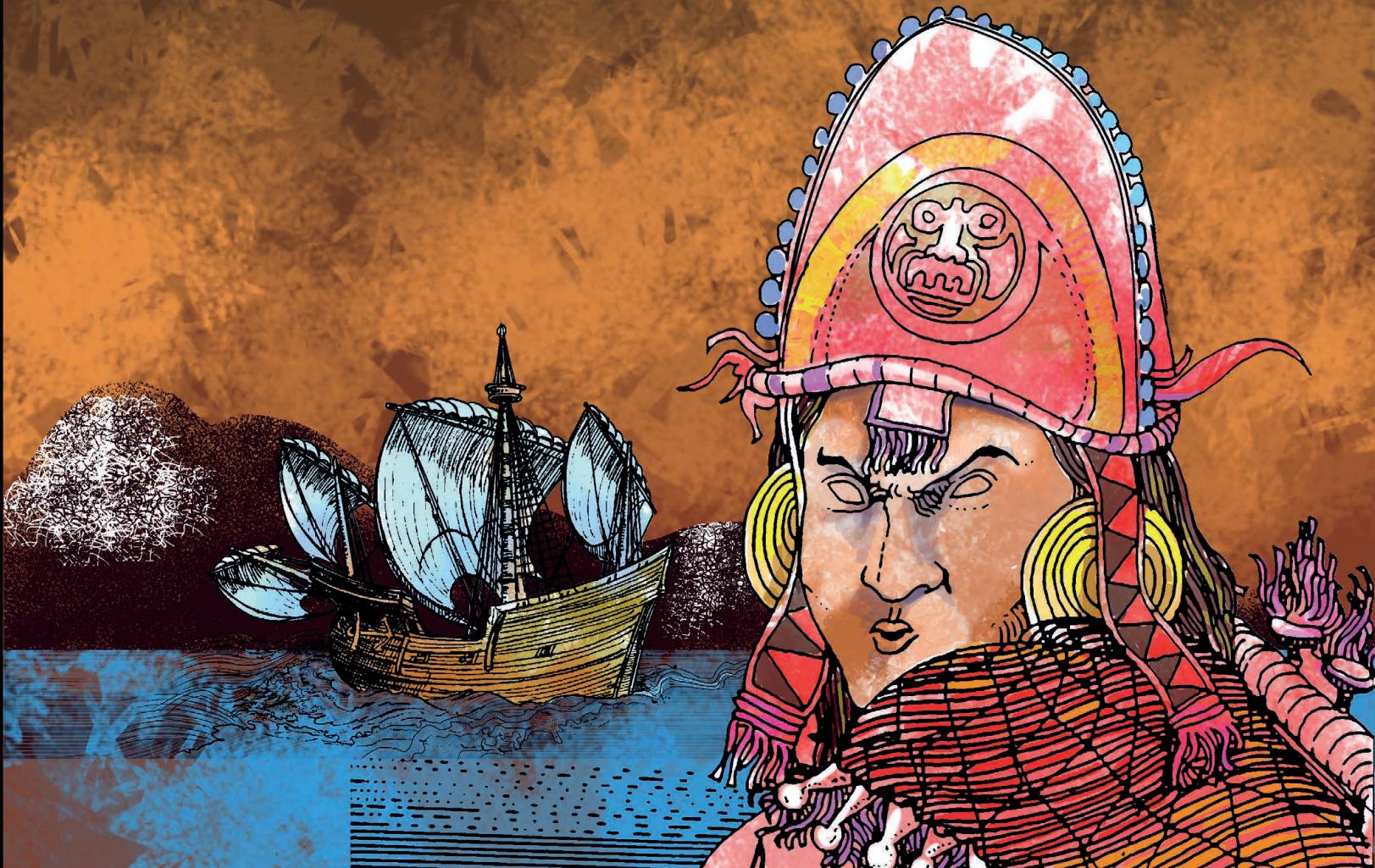
En los caminos del norte, entre Pimampiro y los mercados mayores del Tahuantinsuyo, un comerciante de sal, coca y ají relató, no sin asombro, cómo los incas mantenían el control absoluto de todo lo que circulaba en sus dominios. Decía que no había intercambio, tributo ni producto que escapara a la mirada de sus contadores.

El mercader relató que en los grandes mercados del sur ha observado dos instrumentos que los incas empleaban con igual rigor y naturalidad: los quipus y las yapanas. “Con ellos —dijo— no se equivocan nunca. Es como si los nudos y las piedrecillas pensaran más que los hombres”.

La yapan, a la que algunos llaman ábaco, consiste en un tablero rectangular con cinco hileras y cuatro casilleros. Sobre sus hoyuelos se distribuyen piedrecillas y granos de quinua o de maíz, blancos y negros, que se mueven según reglas precisas. Los yapanacamayos, especialistas en su manejo, realizan operaciones de suma, resta, multiplicación y división con una facilidad que al mercader le pareció incomprensible.

De los quipus habló más tiempo. Son cuerdas de distintos colores, con nudos colocados en lugares exactos. Cada disposición representa números y, según la región, también ideas: en Cusco, el rojo significa guerra, el amarillo oro, el blanco plata; pero en otros pueblos esos mismos colores se entienden de otra manera. No se trata de adornos ni de símbolos mágicos, aclaró el comerciante, sino de un sistema contable y administrativo que sirve tanto para registrar nacimientos y muertes como para consignar tributos, mitas, cosechas o inventarios militares.

Pero los quipus son algo más. El mercader repitió, casi con incredulidad, lo que escuchó de la boca de los propios quipucamayos: en esas cuerdas no sólo se guardan cifras, sino también relatos, hazañas, hechos importantes, leyes. Es una forma de escritura hecha de colores, fibras y nudos que no puede leerse fuera del Tahuantinsuyo ni por otros que no hubieran heredado el oficio. Los quipucamayos, herederos de un saber transmitido de padres a hijos, son los únicos capaces de leer aquel lenguaje de nudos y a la valiosa información que guardan solo pueden acceder el Inca, los aposuyos, tucricuts, visitadores y algunos Jatun Curacas.



BARCOS GRANDES Y HOMBRES EXTRAÑOS EN LA COSTA

Al Sapainca Huayna Capac le llegó la noticia de que una extraña embarcación —mucho más grande que la balsa más grande a las órdenes del Inca— fue vista en las costas del norte. Era tan extraña que “creyeron que era cosa caída del cielo”.

Los hombres que descendieron de aquella cosa y pisaron la costa eran igualmente extraños: no se parecían en nada a los hombres conocidos —incluso a los de lejanas tierras—, hablaban una lengua que nadie entendía y vestían de forma extraña. Nadie supo explicar de dónde provenían ni tampoco qué es lo que buscaban.

La noticia señalaba también que unos nativos que iban en una balsa y que se aproximaron a esa cosa extraña que flotaba en el mar fueron capturados. Eran cinco mayores, dos jóvenes y tres mujeres.

Después de la muerte de Huayna Cápac, la familia real y el ejército siguen pendientes de nuevas noticias que puedan llegar sobre estos extraños hombres, que despiertan alarma entre la familia del Inca. Algunos comentan que ojalá aquellos extraños no sean avistados por estas tierras.

HUÁSCAR ASUME EL PODER DEL TAHUANTINSUYO

Topa Cusi Huallpa, hijo de Huayna Cápac y de la panaca del Cápac Ayllu de Tupac Yupanqui, asume hoy el trono del Tahuantinsuyo como legítimo Sapa Inca. Proveniente de Huascarquiguar o Huascarpata, había ejercido durante la ausencia de su padre como correíno en el Cusco. Fue nombrado *incap rantin*, gobernante provisional de la capital, y luego fue nombrado heredero y, actualmente, Sapa Inca.

En su lecho de muerte, Huayna Cápac modificó su dictamen original, señalando como heredero a otro hijo, Ninan Cuyuchi. Sin embargo, los orejones del Cusco, al fallecer ambos, decidieron respetar la primera opción del Sapa Inca y proclamaron a Topa Cusi Huallpa como nuevo Sapa Inca, reconociendo su autoridad y legitimidad.

El nuevo monarca, llamado a sí mismo Huáscar Sapa Inca, inició su gobierno en el corazón del imperio, recibiendo los tributos y la lealtad de los curacas de todas las provincias mientras se celebran con solemnidad los funerales de Huayna Cápac y se asegura la estabilidad del Tahuantinsuyo bajo su nueva soberanía.